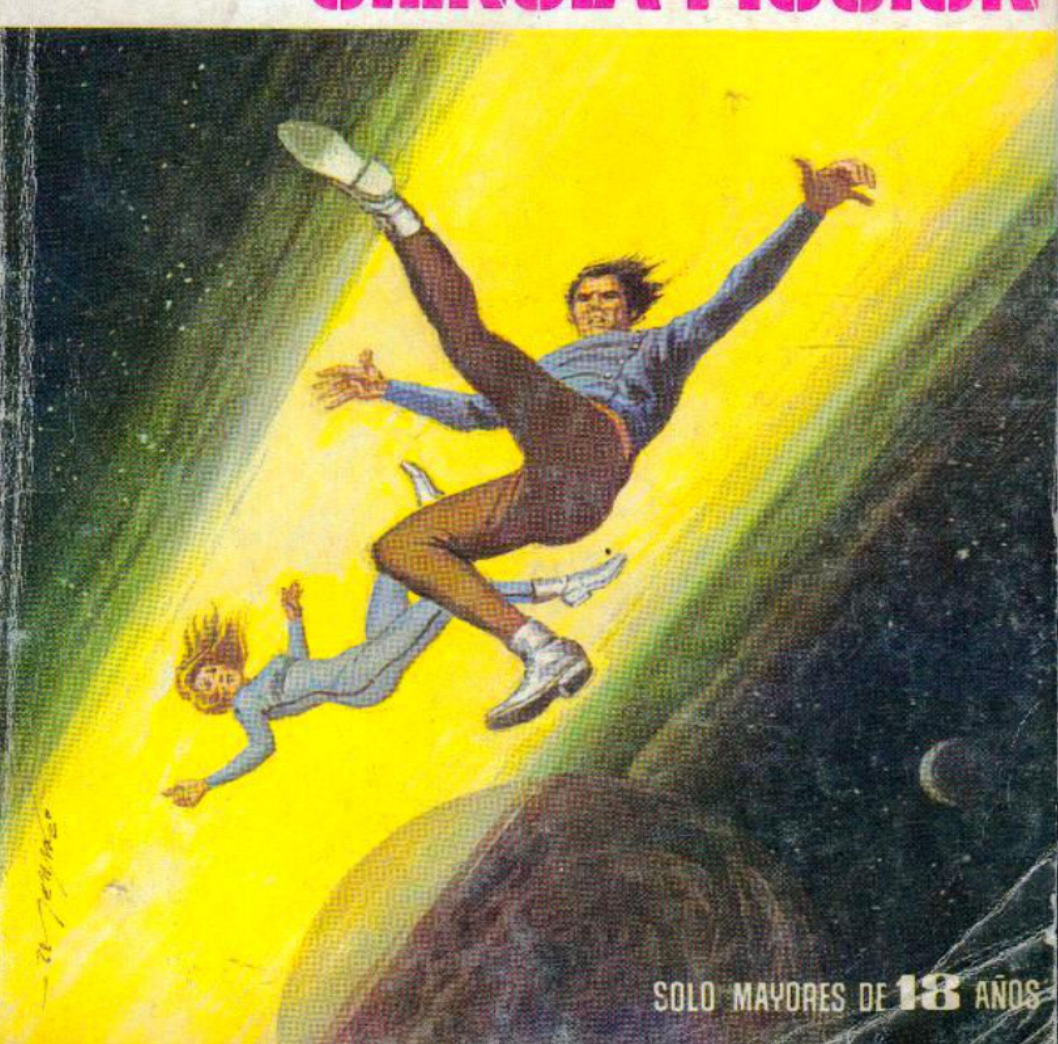
La conquista del ESPACIO

BOLSILIBROS BRUGUERA

VIAJE A LO DESCONOCIDO

Joseph Berna

CIENCIA FICCION



JOSEPH BERNA

VIAJE A LO DESCONOCIDO



ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

631 - Una mujer llamada «Eterna», Curtis Garland
632 - Cautivos de la reina Thala, Joseph Berna
633 - La rebelión de los topos, Adam Surray
634 - El dios de los volcanes, Josep Berna
635 - Infiltrados, Ralph Barby

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 636
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-022525-0
Depósito legal: B. 30.022-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1982
2.ª edición en América: abril, 1983

pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1982

CAPITULO I

En el año 2045, Miami seguía siendo una de las ciudades más hermosas de la Tierra.

Hermosa, también, era la casa del profesor Larson, construida a cien metros escasos del mar. Frente a ella posó Rock Shriver su helimóvil, apagó el motor, y saltó al suelo.

Rock Shriver era reportero y pretendía hacerle una entrevista al prestigioso científico. Tarea difícil, porque Harvey Larson no solía concederlas, especialmente si estaba trabajando en algún proyecto importante.

Actualmente, así era, aunque nadie sabía qué clase de proyecto llevaba el profesor Larson entre manos. Pero se sospechaba que debía ser muy importante, pues hacía meses que el eminente científico no salía de casa, prueba inequívoca de que se hallaba enfrascado en su trabajo.

A pesar de ello, Rock Shriver tenía la esperanza de camelarse a Cindy Howell, la sobrina del profesor Larson, y que ella le ayudara a conseguir la entrevista.

Rock tenía veintiocho años, y era un tipo alto y atlético, moreno, muy apuesto. Sabía, además, cómo tratar a las mujeres, porque había intimado con cientos de ellas, y conocía perfectamente sus debilidades.

De Cindy Howell sabía que tenía veintitrés años, que era bonita, que estaba estupenda de formas, y que tenía el cabello rubio. También sabía que no tenía novio, que quería mucho a su tío, y que éste la trataba como si fuera su hija.

Esto último era muy importante, porque cuando una hija le pide algo a su padre...

Rock estaba seguro de que si Cindy le pedía a su tío que le concediese la entrevista, el científico no se negaría. Tenía, por tanto, que convencer a la sobrina del profesor Larson.

Con esa intención, pulsó el timbre de la puerta y esperó a que le abrieran, preparando ya su mejor sonrisa.

Rock Shriver vestía un ajustado pantalón color cobre y una amplia camisa azul brillante, con abotonadura lateral. Calzaba botas plateadas, cortas

y extraordinariamente flexibles.

La puerta se abrió por fin, y Cindy Howell se dejó ver.

Y nunca mejor empleada la expresión, puesto que la sobrina del profesor lucía un minúsculo bikini rojo, que lo dejaba ver casi todo. También lucía una corta bata de baño, pero como la llevaba abierta, y además era transparente, pues era como si no llevase más prendas que las dos piezas del atrevido bikini.

Rock Shriver, naturalmente, dio un repaso con su mirada al maravilloso cuerpo de la sobrina del científico, perfecto desde la cabeza a los pies.

Debo haberme equivocado —murmuró.

—¿Equivocado?

—Sí, yo buscaba la casa del profesor Larson.

—Esta es la casa del profesor Larson.

—No, qué va. Esto es el paraíso terrenal y usted debe ser la hermosa Eva.

Cindy Howell reprimió una risita.

—Eva se cubría con una hoja de parra, y yo llevo bikini.

—Debo ser corto de vista, porque no lo veo.

—Será porque está mirando otras cosas. Mi bikini es pequeño, pero de un rojo chillón. Destaca tanto que hasta un ciego lo vería.

Rock rió.

—Disculpe, era una broma.

—Ya me había dado cuenta —sonrió Cindy.

—Me llamo Rock Shriver —se presentó el reportero, tendiendo su mano a la muchacha.

Ella se la estrechó.

—Yo soy Cindy Howell, la sobrina del profesor Larson.

—Lo sé.

—¿Ha oído hablar de mí...?

—Sí, me habían dicho que era usted bonita, pero bonita es poco. Es usted preciosa de verdad, Cindy.

La sobrina del científico se sintió halagada.

—Es usted muy amable, Rock.

—¿Acude a abrir siempre así, en bikini, o es que le apetece darse un chapuzón en el mar?

—Lo último.

—Si me hubiera traído un bañador, me zambulliría con usted, Cindy.

—Puedo prestarle uno de mi tío, si quiere.

—¿Lo dice en serio?

—Claro.

—Se lo agradezco mucho, pero no puedo aceptar. El profesor Larson pensaría que yo...

—No pensará nada, porque no se enterará. Está encerrado en su

laboratorio, y se halla tan absorto en su trabajo, que ignora por completo cuanto sucede en el exterior.

—Debe de estar trabajando en algo importante, ¿verdad?

—Importantísimo.

—¿Sabe usted en qué?

—Por supuesto.

—Qué suerte.

—A usted también le gustaría saberlo, ¿eh?

—Ya lo creo.

—Qué tipo tan curioso, no sería un buen reportero.

—Claro.

Rock Shriver se quedó mirando a la sobrina del profesor Larson, visiblemente extrañado.

—¿No le sorprende que sea reportero...?

—En absoluto.

—Lo había adivinado, ¿eh?

—Desde el primer momento.

—¿Tengo cara de reportero?

— No, no es eso. Sencillamente, lo intuí.

—Envidio su sentido de la intuición, Cindy. Es perfecto. Como todo lo suyo.

—Agradezco la galantería. Pero me temo que está perdiendo usted el tiempo, Rock.

—¿A qué se refiere?

Mi tío no concede entrevistas. Y menos, cuando está trabajando de lleno en un proyecto.

—Lo sé.

—¿Por qué ha venido., entonces...?

—Sentía deseos de conocerla a usted, Cindy.

—¿De veras?

—Sí, tenía muchas ganas.

—Piensa que puede utilizarme, ¿eh?

—¿Cómo dice?

—Es usted un tipo muy atractivo, Rock; pero eso no le servirá para convencerme de que le ayude a conseguir la entrevista. Por nada del mundo distraería yo a mi tío, cuando se halla enfrascado en su trabajo.

El reportero tosió nerviosamente.

—Le aseguro que yo no...

—Tranquilícese, hombre —rió Cindy—. No le estoy censurando por su intención de utilizarme. Es usted reportero, y comprendo que debe recurrir a todo con tal de conseguir su propósito. Sólo quiero poner las cosas en claro, para que no pierda usted el tiempo conmigo.

—No diga eso, por favor. Estar a su lado no es perder el tiempo, Cindy.

—Para un reportero, sí.

—También soy un hombre, no lo olvide.

—¿Voy a por uno de los bañadores de mi tío, entonces...?

—Si no está enfadada conmigo, acepto su amable ofrecimiento.

—¿Por qué iba a estar enfadada?

—Por lo que pensó de mí.

—Soy una chica muy comprensiva, ya se lo dije —sonrió encantadoramente la sobrina del profesor Larson, y fue en busca del bañador.

CAPITULO II

Rock Shriver naturalmente, no había renunciado a utilizar a Cindy Howell para conseguir su propósito, a pesar de las claras palabras de la muchacha.

Tal vez Cindy no le ayudase a conseguir la entrevista, pero si él sabía «trabajarla» con habilidad, ella, sin darse cuenta, le hablaría del importante proyecto que su tío estaba desarrollando.

Y, para el caso, seria lo mismo.

Se trataba de averiguar qué clase de trabajo estaba realizando el extraordinario científico, qué buscaba, qué perseguía, qué trataba de descubrir o inventar. Su sobrina lo sabía.

Había, pues, que sonsacarla disimuladamente.

Cindy Howell regresó con el bañador y se lo mostró al reportero.

—¿Cree que le quedará bien, Rock...?

—¡Seguro!

—Póngaselo, pues.

—Lo haré en mi helimóvil.

— Muy bien. Yo, mientras tanto, me daré un chapuzón.

—Me reuniré con usted en un par de minutos, Cindy.

—Le estaré esperando.

La sobrina del profesor Larson echó a correr hacia la playa.

Rock Shriver se introdujo en su helimóvil, se desvistió con rapidez, y se colocó el bañador del científico. Le quedó tal vez demasiado ajustado, porque Harvey Larson era un hombre delgado, pero tampoco era como para pensar que el bañador cediese y le dejase con el culo al aire.

El reportero descendió del helimóvil.

Cindy Howell ya se había despojado de la transparente bata de baño y se había metido en el mar. Rock Shriver se pegó una carrera y se metió también en el agua.

Nadaron los dos algunos minutos.

Después, salieron del agua y se tumbaron en la arena.

Cindy lo hizo boca arriba, mientras que Rock se echó de bruces.

Apoyado en sus antebrazos, el reportero miró a la muchacha.

Ella le miró a su vez.

Rock, sin decir nada, acercó su boca a la de Cindy y le dio un cálido beso. Luego, volvieron a mirarse.

—Lo sabía —murmuró el reportero.

—¿Qué es lo que sabías?

—Que el sabor de tus labios sería delicioso.

—En este momento sólo pueden saber a agua salada. Todavía los tengo mojados, como todo lo demás.

—Te equivocas, Cindy. Tus labios son tan dulces, que ni el agua del mar puede borrar su maravilloso sabor.

—Puede que no sea cierto, pero me gusta oírtelo decir —sonrió la muchacha.

—A ver a qué sabe tu hombro —dijo Rock, y depositó un tierno beso en él.

Cindy tuvo un dulce estremecimiento.

—¿A qué sabe, Rock?

—A miel, como toda tu persona.

—¿A miel de abejas o a miel de salmonetes? —bromeó la joven—. Lo digo porque en el mar no hay abejas...

—Insistes en que tu cuerpo sólo puede saber a agua salada, ¿eh?

—En pura lógica, así debe ser.

—Pues yo insisto en que sabe a miel. Y no me digas que a miel de salmonetes, porque los peces no hacen miel.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro como de que eres la chica más estupenda que he conocido jamás —respondió el reportero, y trató de depositar un beso entre los turgentes senos femeninos.

No pudo hacerlo porque Cindy Howell le cogió la cabeza y no le permitió bajarla.

—No quiero que me beses ahí, Rock.

—¿Por qué?

—Es un sitio muy peligroso.

—¿Qué puede pasar?

—De todo, si anulas mi resistencia.

—¿Y de qué quieres resistirte?

—De ti, naturalmente.

—Soy de fiar, Cindy.

—No digo que no, pero...

—Está bien, si no deseas que te bese, no lo haré.

—Hombre; si te vas a enfadar...

—No estoy enfadado, sino desilusionado. Me gustas, Cindy, y creí que yo también te gustaba a ti.

— Así es, Rock.

—Si fuera cierto, no me hubieras puesto el *stop*.

—Ya está retirado.

—¿De veras?

—Compruébalo.

—Eres fantástica, Cindy —sonrió Rock, y. la besó en los labios.

Empezó a acariciarle sabiamente los muslos, las caderas, el vientre y los muchos centímetros de busto que la telita superior del rojo bikini dejaba al descubierto.

Al propio tiempo, le besaba los pómulos, los ojos, las orejas, el cuello, rozándole apenas la piel con los labios, para provocar su lenta pero creciente excitación.

Cindy Howell se estremecía sobre la arena, suspiraba, gemía dulcemente, abrazada al reportero.

—Oh, Rock, Rock...

—Eres maravillosa, Cindy. No me canso de besarte y acariciarte.

—Me gusta que lo hagas, pero, ¡ay!, temo no poder resistirlo...

Rock Shriver sonrió disimuladamente, mientras se decía que era el momento de empezar a sonsacar a la sobrina del profesor Larson.

—Debes sentirte orgullosa de tu tío, ¿verdad, Cindy? —preguntó, al tiempo que deslizaba su mano por debajo de la pieza superior del bikini, para alcanzar el punto más sensible a las caricias del precioso busto femenino.

La muchacha acusó claramente la hábil acción del reportero.

—Muy orgullosa —respondió, con temblorosa voz.

—Es un gran sabio.

—Sí.

—Ha inventado o descubierto cada cosa...

—Y las que inventará.

—Seguro, que está trabajando en algo genial.

—Será su invento más sensacional, puedo garantizártelo.

Rock Shriver, sin dejar de besuquear y acariciar a la sobrina del científico, le susurró al oído:

—¿Qué es, Cindy?

—Una máquina —reveló la muchacha, en tono muy quedo.

Tenía los ojos cerrados y parecía no darse cuenta de que estaba respondiendo a las preguntas del reportero.

—¿Qué se podrá hacer con esa máquina, Cindy? —preguntó Rock, mordisqueándole el lóbulo de la oreja.

—Cambiar el sexo de las personas.

Rock estuvo a punto de brincar sobre la arena.

—¿Cambiar el sexo de las personas...?

—Sí, convertirá a los hombres en mujeres, y a las mujeres en hombres.

—No creo que eso sea posible, Cindy.

—Lo será. Y de hecho ya lo es.

—¿Ha probado ya la máquina tu tío...?

—Sí.

—¿Con quién?

—Conmigo.

—¿Contigo, Cindy...?

—Yo antes no me llamaba Cindy, sino Peter.

Rock dilató los ojos.

—¿Quieres decir que tú eras...?

—Un hombre, sí.

—¡Cielos, no! —exclamó el reportero, retirando sus manos del cuerpo femenino.

Cindy lo miró.

—Sigue acariciándome, Rock. Y no dejes de besarme.

— ¡No!

—¿Por qué? ¿Es que ya no te gusto...?

—¡Eres un hombre! ¡Te llamas Peter!

—Eso era antes, Rock. Ahora soy una mujer y me llamo Cindy.

—¡No, en el fondo sigues siendo un hombre!

—Te equivocas. No sólo tengo aspecto de mujer, lo soy realmente. Es como si hubiera nacido mujer. Pienso y siento como mujer. Incluso puedo tener hijos. ¿Quieres ser tú el padre del primero, Rock...?

El reportero se puso en pie de un salto.

—¡Ni hablar, guapa! ¡Digo ni hablar, guapo!

—Qué desilusión. Por tu forma de besarme y acariciarme, pensé que sentías verdaderos deseos de hacerme el amor.

—¡Porque no sabía lo que tenía en mis brazos!

—Tenías a una mujer joven, hermosa y deseable.

—¡Que antes fue hombre!

—No me hables como si fuera un transexual, porque no lo soy. La máquina de mi tío me convirtió en una mujer auténtica.

—¡No se puede cambiar de sexo como de camisa, Cindy! ¡Digo Peter! ¡Ya no sé con quién hablo, estoy hecho un lío! —el reportero se agarró la cabeza. Cindy Howell rompió a reír con ganas.

—¡Hablas con Cindy, Rock!

—¡Pero antes eras Peter!

—¡Siempre he sido Cindy, tonto!

—¿Eh?

—¡Todo ha sido una broma! ¡Nací mujer y moriré mujer!

El reportero se quedó sin capacidad de reacción.

—¿Broma?

—¡Naturalmente!

—¿Y cómo se te ocurrió decir que...?

—Me di cuenta de que pretendías arrancarme el secreto de mi tío, mientras me besabas y acariciabas, y te gasté una jugarreta.

Rock Shriver apretó los puños.

—De modo que, me has tomado el pelo, ¿eh?

—Te lo merecías, reconócelo.

—¿Sabes lo que te mereces tú?

—¿Qué?

—¡Una docena de azotes en el trasero!

Cindy Howell se dio rápidamente la vuelta y quedó boca abajo, ofreciéndole sus redondeadas nalgas, prácticamente desnudas.

—Mi trasero está a tu disposición, Rock —dijo, con maliciosa sonrisa.

El reportero se dejó caer de rodillas y levantó la mano, como si fuera a descargarla con furia sobre la tentadora grupa femenina.

Cindy no borró la sonrisa de sus labios. Sabía que Rock no pensaba darle los azotes.

En efecto, el reportero se quedó con la mano en alto, contemplando el hermoso trasero de la muchacha.

—¿Cuántos azotes dijiste, Rock...? —preguntó Cindy.

—Una docena.

—Pobre culito mío.

El reportero no pudo reprimir una sonrisa.

—¿Prefieres doce besos, Cindy?

—¡Trato hecho! —respondió ella, sin dudar, y volvió a ponerse boca arriba.

—Eso no vale —protestó Rock.

— ¿Qué es lo que no vale?

— Yo quería darte los besos en el mismo sitio que los azotes.

—¡No seas descarado! —rió Cindy.

Rock rió también y abrazó a la muchacha.

Se disponía a besarla, cuando apareció un helimóvil en el cielo.

Al oír el ruido del motor, Rock y Cindy miraron hacia arriba.

El helimóvil venía a la casa del profesor Larson. Efectivamente, el aparato se posó frente a la casa, cerca del helimóvil del reportero.

Cuatro hombres saltaron al suelo y echaron a andar hacia la playa.

Cindy conocía a uno de ellos.

Se trataba de Albin Oland, un colega de su tío. El aspecto de los otros tres hombres no le gustó en absoluto.

Tampoco a Rock.

El reportero intuyó que Cindy y él iban a tener problemas.

Y, desgraciadamente, no se equivocó.

CAPITULO III

Rock Shriver y Cindy Howell se pusieron en pie, al ver venir directamente hacia ellos a Albin Oland y sus acompañantes.

La sobrina del profesor Larson recogió su bata de baño y se la puso.

Albin Oland y los tres hombres que traía consigo se detuvieron a un par de metros de Rock y Cindy.

—Hola, Cindy —saludó el científico, con una ligera sonrisa.

—¿Qué tal, profesor Oland? —repuso la muchacha, visiblemente preocupada por la pinta de matones que tenían los acompañantes del colega de su tío.

Albin Oland observó a Rock Shriver.

—¿Un amigo tuyo, Cindy...?

—Sí —respondió la joven.

—¿Cómo se llama?

—Soy Rock Shriver, reportero —se presentó Rock.

—Una profesión muy interesante —sonrió el científico, que frisaba los cuarenta y cinco años de edad. Era de estatura media y complexión delgada, y tenía el cabello grisáceo.

—¿Quiénes son estos caballeros, profesor Oland? —preguntó Cindy, que seguía desconfiando de los tres individuos, lo mismo que Rock.

Son tres buenos amigos míos, Cindy. Te los presentaré. Este es Malcolm Tanner, y éstos son Roscoe y Burl. Ambos están al servicio del señor Tanner.

—Así es, preciosa —sonrió Malcolm Tanner, que se estaba fumando un cigarro de a palmo. Aparentaba unos cuarenta años, rozaba el metro ochenta y cinco de estatura y era extraordinariamente corpulento.

Roscoe y Burl eran tan altos y tan fornidos como Malcolm, aunque más jóvenes, pues ambos andaban por los treinta años de edad. El primero tenía el pelo rojo y rizado; el segundo, lo tenía rubio y muy corto.

Los tres hombres contemplaban con descaro a Cindy Howell, cuyas tentadoras formas parecían acariciar con los ojos, haciendo que la muchacha se sintiese incómoda.

—¿Qué es lo que quieren, profesor Oland? —preguntó la joven.

——Hablar con tu tío, Cindy.

—Mi tío está trabajando, y ya sabe usted que no le agrada que...

—Sí, sé que le contraría mucho que le molesten cuando está trabajando en algo importante. Lo mismo me sucede a mí. En esta ocasión, sin embargo, no se enfadará. Es más, agradecerá la interrupción, pues vengo a facilitarle las cosas.

—;Facilitarle las cosas?

—Sí, he realizado un importante descubrimiento, que ayudará mucho al profesor Larson en el proyecto que actualmente tiene entre manos.

Cindy Howell denotó sorpresa.

—¿Sabe usted en qué está trabajando mi tío...?

—Naturalmente.

—¿Cómo se ha enterado?

—Tu tío me insinuó algo, Cindy. Lo hizo sin darse cuenta, desde luego, pues es un tipo muy reservado. Todos los científicos lo somos, ésa es la verdad. No nos agrada hablar de nuestros descubrimientos hasta que no están completamente acabados, probados y requeteprobados. Sólo entonces, cuando ya no existe la menor posibilidad de fallo o error, los hacemos públicos.

Cindy Howell cambió una mirada con Rock Shriver, quien había escuchado con mucho interés las palabras de Albin Oland. El reportero no hizo ningún comentario y la sobrina del profesor Larson tampoco dijo nada.

El profesor Oland se dejó oír de nuevo:

—¿Vamos hacia la casa, Cindy...?

—Sí —murmuró la muchacha, y echó a andar. Rock Shriver movió también las piernas.

—Entraré en mi helimóvil y me vestiré, Cindy.

—Ya se vestirá después, Rock —dijo Albin Oland, antes de que la sobrina de Harvey Larson hablara.

—¿Después de qué? —preguntó el reportero.

—De que hayamos hablado con el profesor Larson.

—¿Es que yo voy a estar presente...?

—Por supuesto. Rock miró a Cindy. La muchacha estaba tan sorprendida como él.

Cindy advirtió:

—Mi tío no querrá hablar con usted de su proyecto en presencia de un reportero, profesor Oland.

—En esta ocasión no le importará, ya veras —sonrió el científico.

Fue una sonrisa extraña.

Misteriosa.

Preocupante.

Cindy Howell, instintivamente, cogió de la mano a Rock Shriver.

Estaba asustada.

Cada vez le gustaba menos lo que estaba pasando. Al reportero

tampoco le gustaba.

Sospechaba que el profesor Oland tramaba algo, y por eso se había traído consigo a Malcolm Tanner, Roscoe y Burl.

Con ese presentimiento, compartido por la sobrina del profesor Larson, entraron todos en la casa y se dirigieron al laboratorio del eminente científico.

Harvey Larson había cumplido recientemente los cincuenta años de edad. Era de estatura similar a la de Albin Oland, y también su constitución física era parecida. Tenía, en cambio, el cabello plateado, abundante y desordenado. Lucía un largo guardapolvo blanco, el cual se ponía siempre para trabajar.

La inesperada aparición de Albin Oland y de cuatro hombres más, absolutamente desconocidos para él, llenaron de sorpresa al profesor Larson, que interrumpió en el acto su trabajo.

—¿Qué diablos significa esto, Cindy...? —exclamó.

La muchacha se mordió los labios.

—Lo siento, tío Harvey. El profesor Oland dijo que...

Albin Oland interrumpió con el gesto a la sobrina de su colega.

—Yo se lo explicaré, Cindy. Harvey

Larson frunció el ceño.

—Habla, Oland. ¿Por qué has entrado en mi laboratorio? ¿Quiénes son esos hombres? ¿Por qué los has traído contigo?

—El del bañador no vino conmigo. Se llama Rock Shriver, es reportero y ya estaba aquí cuando llegamos.

El profesor Larson dio un respingo.

—¿Un reportero?

—Sí, es amigo de tu sobrina.

Harvey Larson se fijó mejor en Rock Shriver.

—¡Lleva puesto uno de mis bañadores! ¡Tiene mis iniciales! —exclamó, perplejo.

Rock carraspeó.

—Su sobrina me lo prestó, profesor Larson.

——Es cierto, tío Harvey —corroboró Cindy—. A Rock le apetecía darse un chapuzón conmigo y como no había traído bañador se me ocurrió prestarle uno de los tuyos. Creí que no te importaría.

El profesor Larson soltó un gruñido y se encaró de nuevo con su colega.

—Continúa con tus explicaciones, Oland.

Albin Oland observó el extraño aparato que había construido Harvey Larson, así como la cabina transparente que se veía un poco más allá.

—¿Lo has conseguido ya., Larson? —preguntó.

—¿El qué?

—Lanzar a las personas a través del tiempo y del espacio.

Harvey Larson respingó nerviosamente.

—¿Cómo sabes que...?

—La última vez que hablamos me diste algunas pequeñas pistas de forma inconciente, y yo, que no tengo un pelo de tonto, supe adivinar que estabas trabajando en esto.

Larson apretó los dientes.

—¿Y bien...?

—¿Has probado ya tu invento, Larson?

— No está terminado.

—A mí me parece que sí.

—Pues te equivocas.

—No lo creo, estimado colega. Puede que tu invento precise todavía de algunos retoques; pero, esencialmente, está terminado. Y estoy seguro de que has hecho varias pruebas con él. No con personas, naturalmente, porque probar tu invento con seres humanos sería demasiado arriesgado. Lo habrás probado con animales.

El profesor Larson no respondió, limitándose a apretar los puños con rabia.

Albin Oland observó el laboratorio de su colega.

—Veo algunas jaulas vacías, Larson. ¿Qué ha pasado con los animales que las ocupaban...? ¿Perecieron en las pruebas? ¿O es que no encuentras la manera de hacerlos regresar...?

—Lárgate, Oland —masculló Larson—. Y llévate a tus amigos. Tengo que seguir trabajando.

Oland sacudió la cabeza.

—No, Larson, no vamos a marcharnos. Queremos ver cómo funciona tu invento. Y no queremos que nos hagas una demostración con alguno de los animales de tu laboratorio, sino con personas. Con el reportero, por ejemplo.

Rock Shriver dio un respingo.

— ¿Conmigo...?

—Sí, para ti será el honor de ser el primero en haber viajado a través del tiempo y del espacio, Rock —sonrió cínicamente Oland.

—¡Ni hablar! —se negó el reportero—. No estoy dispuesto a servir de conejillo de Indias, profesor Oland

—Me temo que no vas a tener más remedio, muchacho ——intervino Malcolm Tanner.

Rock lo miró.

—Acaso pretenden obligarme...?

—No tienes alternativa, Shriver. O accedes voluntariamente a someterte a la prueba o mis hombres te meterán a la fuerza en la cabina. Tú dirás lo que prefieres.

——¡Esta es mi respuesta! —dijo Rock, y saltó sobre Roscoe y Burl, con los puños por delante.

CAPITULO IV

El primer puñetazo del reportero fue para el rubio Burl, que se derrumbó, porque el golpe fue muy duro. El otro puño de Rock Shriver buscó velozmente la cara del pelirrojo Roscoe, pero éste burló el golpe y respondió con un trallazo al mentón del reportero. Rock salió despedido, perdió el equilibrio y acabó en el suelo.

Pero se levantó en seguida.

No tuvo más remedio, porque Roscoe ya venía hacia él.

El pelirrojo intentó cazarle de nuevo con su poderoso puño, pero ahora fue el reportero quien esquivó hábilmente el ataque, para, acto seguido, hundir su puño izquierdo en el hígado del matón.

Roscoe lanzó un bramido y se encogió, agarrándose la zona castigada.

La rodilla derecha de Rock ascendió veloz y se incrustó en el rostro del pelirrojo, quien se desmoronó emitiendo un aullido, porque el rodillazo había sido tremendo.

—¡Maldita sea! —rugió Malcolm Tanner, quitándose el purazo de la boca—. ¡A él, Burl!

El rubio, que ya se había incorporado, disparó un salivazo rojizo y fue en busca del reportero, con cara de querer comérselo vivo.

Rock lo esperó tranquilamente y cuando el matón soltó el puño, se agachó con rapidez y le clavó el suyo en el estómago.

Burl se dobló, rugiendo de dolor.

—¡Cuidado con su rodilla, Burl! —advirtió Malcolm Tanner.

El matón lo oyó, pero como la rodilla del reportero ya subía no le dio tiempo a esquivarla y también él se vino abajo, aullando.

—¡Será posible! —rugió Tanner, enfurecido por la falta de eficacia de sus hombres.

—¡Voy a hacer que se trague el puro, Malcolm! —dijo Rock, y saltó sobre él.

No pudo alcanzarle, porque Roscoe, desde el suelo y con el rostro ensangrentado, le agarró una pierna y provocó su caída.

—¡Bravo, Roscoe! ¡Duro con él ahora! —gritó Tanner, llevándose

nuevamente el colosal cigarro a la boca. Roscoe y Rock lucharon en el suelo.

Burl, que también sangraba por la boca y la nariz, quiso echarle una mano a su compañero, pero Cindy Howell no lo permitió. Se había cansado de ser mera espectadora de la pelea y como el bravo reportero necesitaba ayuda, ella no dudó en prestársela.

Como Burl avanzaba a gatas hacia Rock y Roscoe, Cindy saltó sobre su lomo y lo montó como si fuera un caballo. A falta de bridas, la muchacha lo agarró de las orejas y se las retorció como si quisiera arrancárselas.

El matón chilló como una rata.

—¡Condenada muchacha! —rugió Malcolm Tanner, y trotó hacia ella, dispuesto a quitársela de encima a Burl.

El profesor Larson salió en defensa de su sobrina.

—¡Quieto, energúmeno!

—¡Apártese, profesor! —ladró Tanner, dándole un fuerte empujón.

El científico rodó por el suelo. Tanner agarró a Cindy del pelo.

La joven dio un chillido, pero no soltó las orejas de Burl, tan calientes ya que casi le quemaban las manos.

—¡Suelta las orejas de Burl, rubia! —bramó Malcolm Tanner, tirando con más fuerza del pelo de la muchacha.

Cindy no tuvo más remedio que soltar los apéndices auriculares del matón y abandonar sus espaldas, cayendo al suelo.

Entretanto, Rock Shriver había conseguido librarse de Roscoe.

Al ver lo que Tanner le estaba haciendo a Cindy Howell, rugió:

—¡Deja a Cindy, animal!

—¡Atácalo, Burl! —ordenó Tanner.

El rnatón, con las orejas muy gordas y coloradas como tomates, intentó reducir al reportero.

—¡Cuidado, Malcolm! —gritó Albin Oland, el único que no tomaba parte en la pelea.

Tanner se revolvió y descubrió a Harvey Larson, quien de nuevo acudía en ayuda de su sobrina.

— ¡Suelta a Cindy, bestia!

Tanner le propinó otro tremendo empujón y lo mandó nuevamente al suelo. A continuación, y sin soltar la rubia cabellera de Cindy Howell, todavía húmeda, extrajo una pistola de rayos láser con la otra mano y ordenó:

—¡Quieto todo el mundo!

Rock Shriver, que luchaba por zafarse de Burl, abandonó la pelea al ver que Malcolm Tanner esgrimía un arma tan temible. También Cindy, Howell y Harvey Larson dejaron de ofrecer resistencia.

Tanner se cambió el cigarro de lado, utilizando los dientes, y dijo:

—Así está mejor. Burl, Roscoe, atadle las manos al reportero. No quiero que nos cause más problemas. Los matones se apresuraron a obedecer.

Rock dejó que le ataran las manos a la espalda. Nada podía hacer, estando encañonado por una pistola de rayos láser.

Tanner soltó el pelo de Cindy y se apartó de ella, situándose junto a Albin Oland.

—La situación está controlada, profesor Oland. Puede usted tomar la palabra de nuevo.

El científico suspiró, más tranquilo.

—Es poco lo tengo que añadir. Ya le dije al profesor Larson lo que queremos.

—¡No haré ninguna demostración! —se negó Harvey.

—Sí que la harás, Larson.

—Jamás!

—Larson, no me obligues a ordenar a Burl y Roscoe que maltraten a tu sobrina.

Cindy tembló perceptiblemente.

Harvey Larson, miró a su sobrina, al tiempo que palidecía.

—¿Serias capaz de una cosa así, Oland...?

—Si te obstinas en no hacernos la demostración, no tendré más remedio.

—¡No puedo lanzar al reportero a través del tiempo y del espacio, Oland!

—¿Por qué no?

—¡Porque no sabría hacerlo regresar!

Albin Oland sonrió.

—Encontrarás la manera, Larson.

—¡Puedo tardar semanas! ¡Incluso meses!

—¿Tanto...?

—¡Sí! ¡Y hasta es posible que no la encuentre nunca!

Rock Shriver se estremeció,

—Nunca... —musitó, pensando en lo que sería de él, vagando perdido en un tiempo pasado o futuro, por lugares desconocidos, expuesto a todos los peligros.

Cindy Howell lo miró, angustiada, pues pensaba exactamente lo mismo que él. Ella sabía que su tío había probado su invento con animales vivos, consiguiendo enviarlos a través del tiempo y del espacio, pero todos sus intentos para hacerlos regresar habían fracasado.

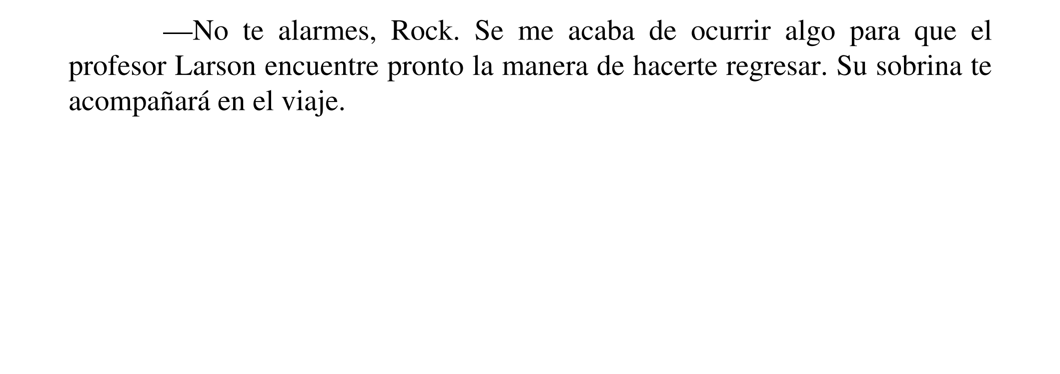
Ninguno de ellos había vuelto.

Ni siquiera sabía si habían llegado con vida al término de su viaje o si habían perecido en el mismo. Su tío pensaba que sí, que habían realizado el viaje sin sufrir daño alguno, pero no podía estar absolutamente seguro de ello mientras no hallase la forma de devolverlos a su tiempo y a su lugar.

Entonces, y sólo entonces, podría decirse que su invento estaba terminado y se podría enviar seres humanos a otras épocas, tanto pasadas como futuras, y a otros lugares.

Intentarlo ahora entrañaba un riesgo infinito.

Albin Oland dijo:



—No te alarmes, Rock. Se me acaba de ocurrir algo para que el profesor Larson encuentre pronto la manera de hacerte regresar. Su sobrina te acompañará en el viaje.

CAPITULO V

Harvey Larson dio un fuerte respingo.

¡Eso sí que no!

—Está decidido, Larson. Cindy hará el viaje con el reportero —insistió Albin Oland.

—¡Pueden morir los dos, Oland!

—No creo que eso ocurra, colega.

—¡Me niego rotundamente!

—¿Olvidas mi amenaza, Larson...?

—¡No la olvido, pero ...!

—Disponlo todo inmediatamente, Larson, o Burl y Roscoe empezarán a hacerle daño a tu sobrina.

El científico se vio entre la espada y la pared. No quería lanzar a Cindy y al reportero a través del tiempo y del espacio, porque tal vez no volviera a verlos jamás a ninguno de los dos, pero sabía que la amenaza de su colega iba en serio. Si no obedecía, Burl y Roscoe empezarían a maltratar a su sobrina, y él no podría hacer nada por impedirlo.

Tampoco Rock Shriver, con las manos atadas a la espalda, podría salir en defensa de Cindy.

Para acabar con las vacilaciones de Harvey Larson, Albin Oland indicó:

—Haced gritar un poco a la sobrina del profesor Larson, muchachos.

Burl y Roscoe se aproximaron a la aterrorizada joven.

—¡No...! —chilló Cindy.

—¡Dejadle en paz, malditos! —rugió Rock, preparándose para atacar a los matones con la cabeza y con las piernas, ya que no podía hacerlo con las manos. Malcolm Tanner le apuntó con su pistola y advirtió:

—¡Quieto o te abraso, reportero!

Rock no tuvo más remedio que obedecer, pues Malcolm parecía decidido a liquidarle si intervenía.

Burl y Roscoe ya habían cogido a Cindy, uno de cada brazo.

La muchacha chillaba y se debatía infructuosamente.

—¡Soltadme, canallas! ¡Dejadme!

Harvey Larson no podía permitir que los matones maltratasen a su sobrina, así que grito:

—¡Está bien, lo haré! ¡Ordena que suelten a Cindy, Oland!

Albin sonrió e indicó:

—Podéis dejarla, muchachos. El profesor Larson accede a hacernos la demostración, ya lo habéis oído.

Roscoe y Burl soltaron a Cindy.

La joven se abrazó a su tío, sollozando.

—¡No puedes hacerlo, tío Harvey!

El científico la estrechó contra sí.

—Lo siento, pequeña, pero no puedo verte sufrir. Esos dos bestias te hubieran hecho mucho daño.

—¡Si nos envías .a través del tiempo y del espacio, no volveremos a vernos!

—Ten valor, Cindy. Y confía en mí. Haré lo imposible por haceros regresar a los dos cuanto antes. No descansaré hasta encontrar la manera de haceros volver, te lo prometo.

Albin Oland sonrió.

—De eso se trata, Larson.

Harvey miró a su colega, con los ojos brillantes casi en lágrimas.

—Eres un miserable, Oland.

—¿Por forzarte a acabar tu invento...?

—¿Qué es lo que pretendes, exactamente?

—Pues eso, que acabes tu invento lo antes posible.

—¿Y después...?

—Me quedaré con él.

—Creo que ya lo entiendo. Dirás que lo has inventado tú y alcanzarás la fama.

Albin Oland sacudió la cabeza, riendo.

—Te equivocas, Larson. No persigo la fama, sino la riqueza. Tu invento no se hará público. Nadie sabrá que existe un aparato capaz de enviar a las personas a través del tiempo y del espacio. Sólo lo sabremos nosotros y seremos los únicos que se beneficiarán de tu invento. Malcolm, Roscoe y Burl harán continuos viajes al pasado, en busca de fabulosos tesoros, que irán trayendo a nuestro tiempo y a nuestro lugar, y nos harán multimillonarios a los cuatro. Oro, joyas, esmeraldas, rubíes, zafiros, diamantes... Las riquezas de los egipcios, de los griegos, de los romanos, de los bárbaros, de los mayas, de los aztecas, de los piratas... ¡Hay mucho donde elegir, colega! ¡Y todo será para nosotros!

Malcolm Tanner, Roscoe y Burl también rieron, entusiasmados.

Harvey Larson miró con desprecio a su colega.

—Estás loco, Oland. Los cuatro lo estáis.

—¿Nos llamas locos porque deseamos hacernos ricos...?

—Robando a la gente.

—¡A la gente del pasado, no de nuestro tiempo!

—Para el caso es lo mismo. No dejará de ser un robo.

Malcolm Tanner intervino:

—Existe una importante diferencia, profesor Larson. ¡Las gentes del pasado no podrán denunciarnos!

Las carcajadas de Tanner fueron coreadas por Roscoe, Burl y Albin Oland.

Harvey Larson observó:

—No podrán denunciaron, pero si os atrapan darán buena cuenta de vosotros.

—No podrán atraparnos, profesor Larson —repuso Tanner—. Nuestras armas son más modernas y mucho más poderosas. Eliminaremos a todo aquel que intente entorpecer nuestros planes.

—Bien dicho, Malcolm —sonrió Oland.

Harvey Larson no dijo nada más.

Su ambicioso colega ordenó:

—Prepáralo todo, Larson. Estamos ansiosos por ver cómo funciona tu maravilloso invento.

Harvey se separó de su sobrina y dijo:

—Cindy y el reportero deben vestirse. No puedo, mandarlos como van, sin apenas ropa y descalzos. Pueden caer en una región fría. O árida. O montañosa. Deben ir preparados para todo.

—Tienes razón, Larson. Burl, encárgate tú mismo de traer las ropas del reportero —indicó Oland—. Están en su helimóvil, ya lo oíste. Y trae también ropas para Cindy. En su habitación encontrarás de todo.

—Entendido —respondió el matón, y se dispuso a abandonar el laboratorio.

—Un momento —habló Rock Shriver. Todas las miradas se posaron en él.

—¿Quieres decir algo, Rock...? —preguntó Oland.

—Sí, tengo algo que decir.

—Habla, te escuchamos.

—No es necesario que la sobrina del profesor Larson me acompañe en este peligroso viaje, tal vez sin retorno.

—Si Cindy no está contigo, el profesor Larson no se esforzará tanto en hallar la manera de hacerte volver.

—No lo creo, profesor Oland. El profesor Larson es un hombre de bien, todo el mundo lo sabe. Sé que se esforzará igualmente por hacerme volver.

Harvey Larson observó con admiración al reportero.

—Puedes estar seguro de que así será, muchacho.

—Lo estoy, profesor Larson. Además, tiene que recuperar usted su bañador —bromeó, sonriendo.

El científico también sonrió.

—Claro, es el mejor que tengo —respondió, continuando la broma.

—¿Está de acuerdo, profesor Oland? —preguntó Rock.

—No, lo siento. Cindy hará el viaje contigo. —Pero...

—No insistas, Rock. No servirá de nada.

El reportero miró a Cindy Howell.

La muchacha forzó una sonrisa.

—Gracias por intentar ayudarme, Rock. Me asusta viajar a lo desconocido, pero creo que debo acompañarte. No sería justo que hicieras el viaje solo. Tú no tienes nada que ver en el fondo de todo esto, me alegro que el profesor Oland me obligue a hacer el viaje contigo. Si mi tío no puede encontrar la manera de hacernos volver a nuestro tiempo, al menos no estarás solo.

Shriver le devolvió la sonrisa.

—Eres una chica muy valiente, Cindy.

Albin Oland emitió un suave carraspeo.

—Bien; puesto que todos estamos de acuerdo, puedes ir ya en busca de sus ropas, Burl.

—A la orden —respondió el rubio, y salió del laboratorio.

* * *

Todo estaba ya dispuesto.

Rock Shriver se había vestido, apuntado en todo momento por la pistola de rayos láser que empuñaba Malcolm Tanner, lo que le impidió intentar nada.

Cindy Howell se había puesto un traje de una sola pieza, azul celeste, que le quedaba muy ajustado, y calzaba botas doradas, cortas y brillantes.

Ambos se encontraban en el interior de la cabina transparente.

En una especie de mochila, que el reportero se había colocado a la espalda, llevaban algunos víveres, un pequeño botiquín y un par de cuchillos.

Rock había pedido una pistola, pero Albin Oland se negó a facilitársela, temiendo que decidiera usarla contra ellos.

Harvey Larson les colocó una especie de pequeño reloj o brújula en la muñeca izquierda.

—¿Para qué sirve esto, profesor? —pregunto el reportero.

—Si estáis en peligro, pulsad este pequeño botón rojo —indicó el científico— Emitirá una señal que yo captaré desde aquí. Todavía no sé cómo haceros regresar, pero si puedo haceros cambiar de tiempo y de lugar en sólo unos segundos. Y eso es lo que haré, si recibo vuestra señal de peligro.

—¡Es magnífico, profesor! —exclamó Rock, acariciando el aparatito como si fuera un valioso tesoro.

—Esperemos que funcione —murmuró Cindy.

—Funcionará, estoy seguro —dijo Harvey.

La alegría de Rock Shriver se enfrió.

—¿Es que todavía no ha probado estos aparatitos, profesor Larson...?

—No he tenido ocasión, Rock. Como hasta ahora sólo he enviado animales a través del tiempo y del espacio... Hubiera sido tonto colocarle un aparato de éstos a un conejo, ¿no crees?

—Desde luego —suspiró el reportero.

—No te desanimes, Rock. Sé que este pequeño invento funcionará.

Shriver esbozó una sonrisa.

—Confío plenamente en usted, profesor Larson.

—Gracias, muchacho.

Harvey Larson abrazó al reportero y después abrazó y besó a su sobrina emocionadamente.

—Mucha suerte a los dos.

—Tío Harvey... —musitó Cindy, con los ojos llorosos.

El científico le dio otro beso.

—Hasta pronto, pequeña. Cuidarás de ella, ¿verdad, Rock?

—Daré mi vida por Cindy, si es necesario —aseguró el reportero.

—Eres un gran muchacho, Rock —dijo Harvey, apretándole el hombro con fuerza.

Después salió de la cabina y pulsó el botón que cerraba la puerta.

El científico se situó frente al complejo aparato inventado por él y empezó a manejarlo.

Cindy Howell se abrazó con fuerza a Rock Shriver.

—¡Estréchame contra tu pecho, Rock! ¡Y no me sueltes, pase lo que pase!

El reportero rodeó el cuerpo de la muchacha con sus brazos, fuertemente.

—No te soltaré, te lo prometo.

El techo de la cabina empezó a lanzar luces de colores, acompañadas de extraños zumbidos. A medida que las luces ganaban en intensidad, los zumbidos sonaban más fuertes, más agudos, más insistentes, amenazando con dañar los tímpanos de las dos personas que iban a verse lanzadas de un instante a otro a través del tiempo y del espacio.

Rock Shriver y Cindy Howell, deslumbrados por las luces que caían sobre ellos, envolviéndolos con sus distintas tonalidades, se abrazaron con más fuerza, si cabe.

No veían nada.

Sólo escuchaban los potentes zumbidos, que parecían indicar que su lanzamiento a través del tiempo y del espacio era inminente.

Y así fue.

Rock Shriver y Cindy Howell desaparecieron repentinamente y la cabina se quedó vacía.

El peligroso viaje a lo desconocido había comenzado.

CAPITULO VI

Albin Oland, Malcom Tanner, Roscoe y Burl contemplaban, con las bocas abiertas, la cabina transparente, ahora vacía.

Harvey Larson siguió manejando el complicado aparato creado por él.

Las luces de colores que proyectaba el techo de la cabina empezaron a. perder intensidad, lo mismo que los zumbidos, que dejaron de oírse justo en el momento en que desaparecían las potentes luces.

La cabina de lanzamiento a través del tiempo y del espacio quedó como antes de que Rock Shriver y Cindy Howell entraran en ella. Tranquila, silenciosa, solitaria.

—¿No es fantástico, muchachos? —murmuró Oland.

—Desde luego que sí —respondió Tanner, realmente impresionado.

—Estaban los dos ahí, dentro de la cabina, y de repente desaparecieron —murmuró Burl—. Es verdaderamente asombroso.

—El profesor Larson es un genio —elogió Roscoe.

Albin Oland miró a su colega.

—Os dije que lo era, ¿no? El sabio más grande de la Tierra. Lo que no consiga él, no lo conseguirá nadie. Harvey Larson le dirigió una dura mirada.

—Tus palabras no me halagan, Oland.

—Lo sé. Tú siempre has sido un tipo muy modesto, Larson.

—Y tú un envidioso.

—Envidio tu inteligencia, es cierto. Pero no tu fama. Ya te expliqué que la fama no me interesa. Sólo me interesa la riqueza. Y voy a conseguirla, gracias a tu genial invento.

—No estés tan seguro, Oland. A mi invento aún le faltan muchas cosas. Rock y Cindy han sido lanzados a través del tiempo y del espacio, pero no sé a qué época ni a qué lugar. Si he de ser sincero, ni siquiera sé si llegarán al término de su viaje o perecerán en él.

Albin Oland se echó a reír.

—No digas tonterías, colega.

—Es la verdad, Oland. Ninguno de los animales que envié...

—Sí, eso ya lo sé. No han regresado, pero no porque hayan perecido

en el viaje. Tú sabes que llegaron perfectamente a su destino, me consta. Lo que no sabes es hacerlos regresar. Pero no tardarás en encontrar la manera, porque esta vez no se trata de animales de tu laboratorio, sino de dos seres humanos. Y uno de esos seres humanos es tu sobrina, que es como una hija para ti. Por eso estoy tan seguro de que sabrás hacerlos volver.

—Para entonces, tal vez hayan muerto.

—Oh, vamos, no seas tan pesimista. El reportero sabe defenderse, lo demostró en su pelea con Burl y Roscoe. Cuidará de Cindy y cuidará de sí mismo. Los dos regresarán sanos y salvos; ya verás.

—Dios lo quiera —murmuró Harvey Larson, y se puso a trabajar.

No debía perder un solo minuto más.

Tenía que descubrir la manera de devolver a Rock y Cindy a su tiempo y a su lugar.

* * *

Rock Shriver y Cindy Howell estaban viviendo una experiencia increíble, fantástica, asombrosa de verdad. Sus cuerpos, al ser arrancados súbitamente de la cabina de lanzamiento a través del tiempo y del espacio, se habían precipitado por una especie de tobogán que parecía no tener fin.

El reportero mantenía abrazada a la sobrina del profesor Larson, pero la verdad es que no se explicaba cómo podía retenerla pegada contra su pecho, pues sus brazos no parecían tener fuerza alguna.

¡No podía moverlos! ¡Ni siquiera los sentía!

En realidad, no sentía nada en ninguna parte de su cuerpo.

Y lo mismo le sucedía a Cindy Howell.

Ambos parecían haber perdido totalmente la sensibilidad de sus cuerpos, que seguían precipitándose a gran velocidad por aquella sima sin fondo que era la barrera del tiempo.

Era para asustarse, desde luego. Incluso para llenarse de pánico. ¿Cuándo terminaría aquello? ¿O no terminaría nunca...? Quizá estaban ya muertos. Desintegrados.

Por eso no sentían nada.

Sin embargo, podían ver.

Y pensar.

Lo que no podían era hablar.

Rock lo intentó, pero no pudo emitir sonido alguno.

Lo mismo le sucedió a Cindy,

Mientras tanto, sus ahora insensibles cuerpos seguían rodando por aquella pronunciada e interminable pendiente, como precipitándose en un gigantesco pozo sin fondo.

Aquello pareció un sueño. Una terrible pesadilla.

Rock y Cindy desearon que así fuera, aunque ambos sabían que no

estaban dormidos, que lo que estaba pasando era real, por muy fantástico que pareciera.

De repente, su increíble viaje a través del tiempo y del espacio concluyó, y Rock Shriver y Cindy Howell se encontraron tirados sobre la arena caliente de un desierto.

¿De qué desierto? ¿En qué época?

¿En qué continente?

Por el momento era imposible saberlo, pero ello no preocupaba en absoluto a Rock y Cindy. Por el momento, al menos.

Para ellos lo más importante es que habían logrado cruzar la barrera del tiempo sin sufrir daño alguno. Sus cuerpos volvían a tener sensibilidad, podían mover los brazos y las piernas, volvían a tener fuerza.

—¡Estamos vivos, Cindy! —exclamó Rock, deseoso de oír nuevamente su propia voz.

Rock, estamos vivas! ¡Y juntos! —respondió la sobrina del profesor Larson, a punto de echarse a llorar de alegría.

El reportero, sentado sobre la arena, cogió por los hombros a la muchacha.

—¿Estás bien, Cindy?

—¡Perfectamente! ¿Y tú, Rock...?

—También. Aunque lo pasé muy mal durante el viaje. No podía mover ni un dedo, mi cuerpo parecía de algodón, lo tenía como dormido.

—¡Lo mismo me ocurrió a mí!

—Temí no poder retenerte pegada a mí, Cindy. Creí que íbamos a separarnos, a perdernos mutuamente de vista.

La muchacha se estremeció.

—No me lo recuerdes, Rock, porque yo pensé exactamente lo mismo. Intentaba agarrarme con todas mis fuerzas a ti, pero mis brazos estaban como muertos. Toda mi persona lo estaba y llegué a pensar que estaba muerta de verdad.

—Yo también, lo confieso. Fueron unos momentos terribles, realmente angustiosos. Por fortuna, el profesor Larson es un tío grande y con su invento nos ha hecho llegar sanos y salvos a este lugar. Si lo tuviera delante de mí le daría un beso en la mejilla, pero como no lo tengo, te lo daré a ti, que eres su sobrina,

——A mí no me gustan los besos en la mejilla —dijo inmediatamente Cindy.

—¿Y quién ha dicho que a ti vaya a dártelo en la mejilla, tontuela... ? —sonrió Rock, y la besó en los labios con ganas.

Cindy colaboró activamente en la caricia. Cuando separaron sus bocas, Rock confesó:

—Cada vez me gustas más, ¿sabes?

—Ahora no tienes por qué mentirme, Rock.

—¿Mentirte?

—Ya sabes en qué está trabajando mi tío, no necesitas utilizarme para...

El reportero le puso la mano en los labios y, la hizo callar.

—Estás equivocada, Cindy. Intenté utilizarte, es cierto, porque mi profesión me lo exigía. Sin embargo, no te mentí en ningún momento. Me gustaste desde el primer instante, y te hubiera besado y acariciado aunque mi profesión fuera la de fontanero, carpintero o dentista. Créeme, por favor.

La muchacha le cogió la mano y la retiró de sus labios para poder hablar.

—Te creo, Rock. Aunque te dije que antes había sido un hombre y que me llamaba Peter...

Shriver rompió a reír.

—¡Me dejaste de hielo, bribona!

Cindy también rió.

——¡Te apartaste de mí como si tuviera lepra!

—Lo siento, no pude evitarlo. Pensar que había estado besando y acariciando a un tío, aunque ahora tuviese cara y cuerpo de mujer, me produjo una sensación muy extraña.

—¡Fue tremendamente divertido!

—Para ti, zorrona. Yo pasé unos minutos terribles. Por fortuna, todo fue una broma y tú has tenido siempre esto... —Rock tocó los firmes pechos de Cindy, por encima del ceñido traje.

Ella rió de nuevo.

—Bueno, siempre no. De niña tenía el pecho tan liso como tú.

—De eso hace mucho tiempo, Cindy.

—Siglos, probablemente.

— ¿ Eh?

—No pienses que estoy loca, Rock. Hemos viajado a través del tiempo, y puedo asegurarte que ya no estamos en el siglo XXI. Quizá estemos en el siglo XV. O en el siglo X. O tal vez en una época más antigua todavía.

Las palabras de Cindy hicieron que el reportero mirase a su alrededor con gesto preocupado.

Y resultó providencial que mirara, porque el primer peligro de su fantástico viaje a lo desconocido acababa de surgir.

CAPITULO VII

Rock Shriver dio un nervioso respingo al descubrir, en lo alto de una duna cercana, a un grupo de gente.

—¡Mira, Cindy! —exclamó, apuntando hacia allí con su brazo.

La sobrina del profesor Larson siguió la dirección que marcaba el brazo del reportero, descubriendo también al grupo de hombres que acababan de aparecer en lo alto de la duna.

Vestían largas túnicas, cubrían sus cabezas con turbantes e iban armados con lanzas, arcos y flechas, espadas moras y cuchillos. Todos montaban camellos.

Cindy Howell, lógicamente, se asustó.

—¡Parecen guerreros, Rock!

—¡Son tuaregs, Cindy! ——adivinó el reportero—. ¡Hemos caído en el Sahara Central!

—¡Los tuaregs eran peligrosísimos! ¡Si nos atrapan estamos perdidos, Rock!

Shriver se puso en pie y la muchacha le imitó.

—¡Corramos, Cindy! ¡No podemos seguir aquí!

—¡Nos alcanzarán, Rock! ¡Ellos tienen camellos!

—¡Hay numerosas dunas! ¡Tal vez consigamos despistarlos!

—¡Es mejor que pulsemos la alarma, Rock! ¡Si mi tío recibe la señal de peligro, nos trasladará a otra época y a otro lugar en sólo unos segundos!

—¡Eso sólo lo haremos si es absolutamente necesario, Cindy! ¡No siento el menor deseo de hacer otro viajecito a través del tiempo y del espacio! ¡Lo pasé muy mal en el primero y tú también!

—¡Sí, pero...!

—¡No hay pero que valga, Cindy! ¡Vamos, corre! —insistió el reportero, tirando de la muchacha.

Echaron a correr los dos.

El jefe de los tuaregs, al ver que Rock y Cindy emprendían la huida, agitó su temible alfanje y gritó algo en su lengua.

El resto de los hombres gritaron también y pusieron en marcha sus

camellos, que se lanzaron por la ladera de la duna, levantando una nube de arena.

Cindy Howell volvió un instante la cabeza.

—¡Nos persiguen, Rock!

—¡Ya contaba con ello! —rezongó el reportero—. ¡Sigue corriendo, no te detengas!

Se metieron por entre las dunas y por el momento dejaron de ver a sus perseguidores.

—¡Por allí, Cindy! —indicó Rock Shriver, apuntando hacia su derecha.

La sobrina del profesor Larson corría tan de prisa que los talones de las botas le tocaban el trasero.

Las dunas formaban una especie de laberinto, lo que parecía favorecer los planes de fuga de Rock y Cindy. Corrieron por entre ellas durante varios minutos.

No habían vuelto a ver a los tuaregs.

¿Habrían conseguido despistarlos...?

Cindy, con el resuello perdido, dijo:

—¡No puedo más, Rock! ¡Me voy a derrumbar!

El reportero, cansado también de tanto correr, descubrió un hoyo en la ladera de una duna y dijo:

—¡Nos esconderemos en ese agujero!

Fueron los dos hacia allí y se tumbaron en el hoyo, no muy profundo, pero sí lo suficiente como para ocultar sus cuerpos de las miradas de los tuaregs, si éstos pasaban por allí.

Tendrían que pasar muy cerca de ellos para descubrirlos.

Rock Shriver, jadeante y sudoroso, se despojó de la mochila y extrajo los dos cuchillos, entregándole uno a Cindy Howell.

—Si es necesario, úsalo.

—Tengo miedo, Rock.

—Calla. Y no te muevas. Este es un buen escondrijo. Con un poco de suerte, los tuaregs no nos encontrarán.

—Dios te oiga.

—Silencio.

Quietos y callados, con los cuerpos pegados a la arena caliente y los cuchillos empuñados, Rock Shriver y Cindy Howell dejaron transcurrir los minutos.

De pronto oyeron ruidos y voces lejanas.

Eran los tuaregs.

¡Se aproximaban!

Cindy empezó a temblar.

—Rock... —gimió.

El reportero le tapó la boca con la mano y contuvo la respiración.

Los tuaregs estaban cada vez más cerca.

Rock apretó con fuerza el mango del cuchillo.

De repente, los tuaregs aparecieron.

Rock y Cindy los vieron pasar, forzando la marcha de sus camellos.

Afortunadamente, el hoyo de la duna protegió a Rock y Cindy, y los tuaregs no los descubrieron.

El ruido que causaban los camellos y las voces de los tuaregs fueron alejándose, con gran alegría por parte de Rock y Cindy.

El reportero retiró su mano de la boca de la muchacha.

—Han pasado de largo —dijo en voz baja.

—Gracias a Dios —suspiró Cindy, más tranquila.

—Te dije que éste era un buen escondrijo. Seguiremos un rato en él.

—La arena está muy caliente, Rock. Quema la piel.

—El sol del desierto es muy ardoroso. En cambio, por la noche, hace frío.

—Prefiero pasar frío a abrasarme. ¿Tú no?

—Yo, con tal de no caer en manos de los temibles tuaregs, me conformo con lo que sea.

—Nos seguirán buscando. Saben que, yendo a pie, no podemos estar muy lejos.

—En este agujero estamos más seguros que fuera de él.

—Espero que no nos convirtamos en tostadas —suspiró Cindy.

——Tú serías una tostada deliciosa —piropeó Rock; y le dio un beso.

—¿Me comerías...? —preguntó ella, coqueta.

—Seguro.

—¿Con mermelada o con mantequilla?

—Sin nada.

—¿A palo seco...?

—Tu piel sabe a miel, ¿recuerdas?

—Sí, de salmonetes —rió quedamente la joven.

—Yo te daré a ti salmonetes —rezongó Rock, y le mordió el cuello, pero sin causarle daño.

—¡No seas caníbal!

El reportero iba a replicar, cuando se escuchó un gruñido.

Rock y Cindy levantaron la cabeza. Vieron al peligroso animal.

Se trataba de un mamífero carnicero, de tamaño medio entre el lobo y la zorra. Se hallaba tenso y mostraba sus colmillos, anunciando su inminente ataque.

—¡Es un chacal! —exclamó Rock, preparándose para la defensa.

Hizo bien, porque el fiero animal soltó un rugido y saltó sobre él, buscándole el cuello con sus largos y afilados colmillos.

El reportero, sin dudarlo un segundo, le tiró una feroz cuchillada al vientre y se lo abrió de arriba abajo, haciendo brotar un torrente de sangre.

El chacal lanzó un aullido de muerte y cayó sobre la arena, con los intestinos fuera.

Cindy Howell no pudo reprimir un chillido de terror cuando vio que el animal atacaba a Rock Shriver.

¿Lo habrían escuchado los tuaregs...?

Probablemente.

Como también habrían oído el terrible aullido del chacal.

Rock, sin embargo, no estaba pensando en los tuaregs, sino en la posibilidad de que hubiese más chacales cerca, porque éstos solían moverse en grupos, nunca solos.

Por ello cogió de la mano a la sobrina del profesor Larson y dijo:

—¡Tenemos que largarnos, Cindy ¡No podemos continuar aquí!

CAPITULO VIII

Rock Shriver y Cindy Howell se pusieron en pie.

El reportero cogió la mochila y se la colocó con rapidez.

—¡Vámonos, Cindy! —dijo, cogiendo nuevamente de la mano a la muchacha—. ¿Temo que aparezcan más chacales!

—¡O los tuaregs! —exclamó ella.

—¡También!

Echaron a correr los dos.

Por desgracia, los temores de Rock Shriver no tardaron en hacerse realidad.

—¡Cielo Santo, Rock! ¡Una manada de chacales...! —chilló Cindy Howell, señalando una duna próxima con el brazo.

El reportero sintió un profundo escalofrío, pese a la alta temperatura reinante en el Sahara Central.

¡Y es que había más de una docena de chacales! ¡Y ya corrían hacia ellos, soltando rugidos!

¡El aullido de muerte de su compañero los había atraído!

Rock Shriver miró a su alrededor.

Era inútil correr, porque los chacales lo hacían más rápido.

El reportero tomó una decisión.

—¡Subamos a esa loma, Cindy! ¡Desde ahí arriba nos defenderemos mejor!

—¡Son demasiados, Rock!

—¡Corre, Cindy! ¡Rápido!

Treparon a toda prisa a lo alto de la duna.

Los chacales treparon también.

En cabeza de la manada iban dos, y fueron, lógicamente, los primeros en llegar arriba.

Rock le dio un tremendo patadón a uno de ellos, haciéndolo rodar por la ladera de la duna, entre aullidos.

Al otro le soltó una certera cuchillada en la nuca, causándole una muerte instantánea.

Otros tres chacales alcanzaron la cima de la duna y atacaron a Rock y Cindy.

El reportero disparó de nuevo la pierna y un chacal descendió de la duna de mala manera.

Cindy quiso imitarle, pero falló la patada y el chacal al que iba destinada se le echó encima furiosamente, dispuesto a destrozarle el cuello con sus poderosos colmillos

—¡Rock...! —chilló la muchacha, cayendo al suelo.

Shriver, que acababa de asestarle una mortal cuchillada en el lomo al otro chacal, se arrojó sobre el que intentaba acabar con la sobrina del profesor Larson y lo quitó muy oportunamente de encima.

Cindy había herido al animal con su cuchillo, pero de forma leve, por lo que no hubiera podido evitar que chacal le soltara la feroz dentellada en la garganta.

Rock dio buena cuenta del chacal con su cuchillo.

El resto de la manada, por desgracia, ya estaba en alto de la duna.

—¡Pulsemos la alarma, Rock! —gritó Cindy, viendo que estaban perdidos.

—¡De acuerdo, Cindy! —respondió el reportero, convencido de que era la única manera de evitar, que los chacales los devorasen.

De repente, una lluvia de flechas cayó sobre los chacales, alcanzándolos a todos.

—¡Son los tuaregs, Rock...! —chilló Cindy, descubriendo a los peligrosos moradores del desierto.

* * *

Efectivamente, los tuaregs habían descubierto al hombre y a la mujer que perseguían desde hacía bastantes minutos y al ver que una manada de chacales estaba a punto de causarles la muerte, prepararon velozmente sus arcos y enviaron la lluvia de flechas que había acabado con todos los chacales.

Los tuaregs deseaban atrapar vivos a Rock Shriver y Cindy Howell.

Especialmente a la muchacha, con la que esperaban divertirse todos.

—¡Los tuaregs nos han salvado, Cindy! —exclamó el reportero, sorprendido.

—¡Porque nos quieren capturar con vida, no te equivoques! —adivinó la joven—. ¡Querrán hacernos sus esclavos! ¡O puede que algo peor!

—¡Creo que tienes razón, Cindy! ¡Pulsemos la alarma y recemos para que tu tío capte la señal!

—¡Sí, porque sólo él puede librarnos de los tuaregs!

Justo en el instante en que se disponían a pulsar sus respectivas alarmas, los tuaregs, que ya rodeaban totalmente la duna, les arrojaron unas bolas de hierro que se unían por medio de una cadena.

Era un tipo de arma especial para trabar las piernas de la gente que intentaba huir y los tuaregs solían emplearla. Eran, por tanto, expertos lanzadores.

Rock Shriver y Cindy Howell tuvieron ocasión de comprobarlo, pues las piernas de ambos quedaron perfectamente trabadas por las cadenas, que se enrollaron a ellas al girar con rapidez las bolas de hierro que tenían en los extremos.

Rock y Cindy perdieron el equilibrio y rodaron por la ladera de la duna aparatosamente, entre las risas burlonas de los tuaregs, que se dispusieron a hacerse cargo de ellos.

Mientras rodaban por la arena, a Rock y Cindy les fue imposible pulsar sus respectivas alarmas, pero se apresuraron a hacerlo en cuanto llegaron abajo.

Ahora más que nunca precisaban de la ayuda del profesor Larson.

¿Podría el científico prestársela...?

* * *

Harvey Larson seguía trabajando afanosamente en su laboratorio, intentando hallar la manera de hacer regresar a su sobrina y al bravo reportero.

Albin Oland permanecía muy atento a las operaciones de su colega, tan interesado como éste en que Cindy Howell y Rock Shriver pudieran regresar cuanto antes a su tiempo y le contaran sus experiencias.

Malcolm Tanner, Roscoe y Burl se limitaban a esperar pacientemente, con gesto aburrido.

De pronto, el aparato inventado por el profesor Larson empezó a emitir un zumbido intermitente, al tiempo que un piloto rojo se encendía y se apagaba repetidamente.

El prestigioso científico dio un respingo y exclamó:

—¡La señal! ¡Son ellos! ¡Están en peligro!

Albin Oland respingó también.

—¡De prisa, Larson! ¡Hazlos cambiar de tiempo y de lugar! ¡Tienes que salvarlos!

Harvey Larson se apresuró a manejar el sofisticado aparato creado por él.

Tan sólo unos segundos después dejaba de oírse el intermitente zumbido y el piloto rojo dejaba también de encenderse y apagarse.

—¿Ya está...? —preguntó Oland.

—Sí.

—¡Qué rápido, colega!

—Aun así no sé si habré llegado a tiempo. Que haya enmudecido la señal de peligro no quiere decir que Rock y Cindy estén ya a salvo.

—¿Cómo que no?

—No, Oland. Pero, al menos, ahora sabemos que llegaron felizmente de su viaje.

—Yo siempre he estado seguro de eso, Larson. Y tú también, aunque dijeras lo contrario.

—Tenía mis dudas, aunque tú no lo creas, Oland.

—Explícame lo de la señal de peligro, anda. ¿Por qué no estás seguro de que Rock y Cindy se encuentran a salvo?

—Hay varias razones. La primera, que pueden haber muerto antes de que yo consiguiera trasladarlos a otra época y a otro lugar. La segunda, que pueden haberles arrebatado los aparatos de alarma que yo les coloqué en las muñecas. ¿Quieres más razones...?

Albin Oland soltó un gruñido.

—Tú siempre tan optimista, Larson.

—Sólo trato de hacerte comprender que esto no es tan sencillo como tú piensas. A mi invento le faltan muchas cosas, ya te lo dije, y fue una locura enviar a Rock y a Cindy. Están expuestos a los mayores peligros y pueden morir.

—Tú lo impedirás, Larson.

—¿Cómo?

—Encontrando, y pronto, la manera de hacerlos regresar. Vamos, continúa esforzándote —apremió Oland.

* * *

Cindy Howell había perdido su cuchillo en la caída, pero Rock Shriver conservaba el suyo y con él trató de hacer frente a los tuaregs que intentaban reducirle.

—¡Atrás! ¡No os acerquéis, malditos! ¡Al primero que me toque, lo dejo sin nariz de una cuchillada! Muy poco, sin embargo, pudo hacer el valiente reportero con las piernas trabadas y tirado sobre la arena, pues las cadenas le impedían ponerse en pie.

Los tuaregs lo redujeron con facilidad y le arrebataron el cuchillo.

Después se dispusieron a atarle las manos a la espalda.

Cindy también estaba siendo sujetada por un par de tuaregs, mientras un tercero pugnaba por—abrirle el traje, ansioso por contemplar los pechos de la muchacha al natural.

—¡Rock...! —gritó la joven, adivinando las intenciones del tuareg.

—¡Cindy!

—¡Me quieren desnudar!

—¡Soltadla, cerdos!

—¡Estamos perdidos, Rock! ¡Mi tío no ha debido de captar nuestra señal!

—¡No pierdas la esperanza, Cindy ¡Tu tío dijo que tardaría algunos

segundos en cambiarnos de época y de lugar!

—¡Ya han pasado bastantes y seguimos aquí! ¡Seguro que nuestra señal no llegó! ¡Creo que van a violarme, Rock...! —chilló la muchacha, porque el tuareg había conseguido bajarle la cremallera del traje y ya le estaba tocando los pechos, todavía cubiertos, aunque mínimamente, por la pieza superior del bikini rojo.

El reportero sintió que la sangre le hervía en las venas.

—¡No la toques con tus sucias manos, puerco! —rugió—. ¡Toca a tu abuela, si es que tienes!

El tuareg, que no entendía ni jota de lo que Rock le decía, dio un tirón y arrancó la prenda superior del bikini, la cual mostró a sus compañeros, riendo.

Ellos rieron también, porque nunca habían visto una prenda parecida.

De pronto dejaron de reír, aunque continuaron con las bocas abiertas.

Ahora, sin embargo, no expresaban alegría ni diversión, sino la más absoluta perplejidad.

Y con razón porque Rock y Cindy habían desaparecido súbitamente de la forma más misteriosa.

Ni rastro quedaba de ellos.

Lo único, el diminuto sujetador del bikini rojo de Cindy y el cuchillo de Rock.

Hasta las cadenas que trababan las piernas de ambos habían desaparecido, junto con las bolas de hierro.

Los tuaregs lo veían y no lo creían.

El jefe los buscó con la mirada y los demás le imitaron pero no encontraron a los prisioneros en ninguna parte.

Todo un misterio, que los chasqueados tuaregs jamás lograrían desentrañar, por mucho que se esforzaran los sesos

CAPITULO IX

Rock Shriver y Cindy Howell estaban pasando otro mal rato, en su segundo viaje a través del tiempo y del espacio, a pesar de que gracias a ello habían podido librarse de los peligrosos tuaregs.

Y es que de nuevo se veían precipitados en aquella especie de tobogán sin fin, sin fuerza, sin sensibilidad en sus cuerpos, sin poder mover ni las pestañas.

En la ocasión anterior iban el uno en brazos del otro, pero esta vez no era así. Rock, con las manos atadas a la espalda y las piernas trabadas por las cadenas de los tuaregs, viajaba separado de Cindy, que también tenía las piernas trabadas, aunque sus manos estaban libres.

Esto, naturalmente, acentuaba su angustia, pues temían que, al no viajar unidos, no llegasen al mismo destino, apareciendo cada cual en una época y en un lugar distintos, lo cual sería terrible.

Cindy, naturalmente, hubiera querido agarrar a .Rock, pero como sus brazos no le obedecían le fue absolutamente imposible. De nada le servía tenerlos libres si no los podía mover.

Rock, por su parte, se preocupaba de ver si la distancia que le separaba de Cindy se mantenía o aumentaba. Afortunadamente la distancia era siempre la misma.

Continuaron despeñándose a gran velocidad a través del tiempo, hasta que de pronto, tal y como sucediera la otra vez, el viaje concluyó y se encontraron los dos en un lugar absolutamente desconocido para ellos.

En esta ocasión no había arena, sino tierra firme. Y abundante vegetación.

Rock apareció justo debajo de una palmera, repleta de cocos.

Lo primero que hizo fue buscar a Cindy con la mirada.

La sobrina del profesor Larson había aparecido unos metros más allá, al pie de otra hermosa palmera.

—¡Cindy!

—¡Rock!

—¿Te encuentras bien?

—¡Perfectamente! ¿Y tú, Rock...?

—¡Tengo las manos atadas!

—¡Yo te soltaré!

Cindy Howell manejó las bolas de hierro con rapidez y desenrolló las cadenas que trababan sus piernas, lo que le permitió ponerse en pie. Se acercó a Rock Shriver, le desató las manos y le ayudó a librarse de las cadenas que sujetaban sus piernas.

Después se abrazaron con calor y se dieron un largo beso en los labios.

—Escapamos de los terribles tuaregs, Rock.

—Sí, gracias a tu tío. Te dije que no perdieras la esperanza. Recibió nuestra señal de peligro y se apresuró a trasladarnos de época y de lugar. Es un genio. Nada de lo que él idea puede fallar. Ahora estoy seguro de que no tardará en encontrar la manera de devolvernos a nuestro tiempo.

—Yo también —sonrió la muchacha, emocionada.

—¿Te hicieron algún daño los tuaregs, Cindy?

—No, ninguno. Pero se quedaron con el sujetador de mi bikini. Uno de ellos me lo arrancó. El mismo que me abrió el traje y me palpó los pechos para ver cuántos tenía.

—Deja que te los cuente yo.

—De sobra sabes que tengo dos, no soy ningún fenómeno.

El reportero rió y deslizó su mano por la abertura del traje, acariciando los cálidos senos de la sobrina del profesor Larson.

—El tuareg no era tonto, ¿sabes? —dijo.

—Ni tú tampoco —repuso Cindy.

—Deben de estar buscándonos como locos.

—¡Seguro!

—¿Qué siglo sería aquél? ¿Y qué siglo será éste?

—Cuando sepamos en qué lugar nos encontramos, tal vez descubramos en qué siglo estamos.

—Me parece escuchar el rumor del mar. ¿No lo oyes tú, Cindy...?

—Sí, creo que sí. Estamos cerca de la costa.

—O en una isla tal vez. Estas palmeras llenas de cocos...

—Es posible. Sugiero que exploremos el terreno.

—Yo prefiero explorar otras cosas.

—Las «cosas» a las que tú te refieres ya las exploraste frente a la casa de mi tío, así que olvídate de ellas, ¿vale?

—Hace siglos de eso, Cindy.

—¿Siglos...? ¡Fue hoy mismo!

—Fue en el siglo XXI.

Cindy Howell se echó a reír, divertida.

—Tienes razón, Rock. No había caído en que estamos muy lejos de nuestro tiempo,

—¿Quieres que hagamos el amor, Cindy?

—¿Sin saber dónde estamos...?

—Lo hacemos y después lo averiguamos.

—Nos amaremos más tranquilos sí primero exploramos el terreno. Quizá estemos en peligro y no lo sepamos.

Rock Shriver exhaló un suspiro de resignación.

—Está bien, exploremos el terreno —dijo, retirando su mano del busto femenino.

Cindy Howell hizo ademán de subirse la cremallera, pero el reportero le cogió la mano.

—Un momento, Cindy —rogó, y le separó el traje, dejando totalmente al descubierto sus maravillosos senos.

—Te apetecía darles una miradita, ¿eh?

—Una miradita... y un beso a cada uno —responded Shriver, y besó los pechos de la muchacha, dulce y suavemente.

Cindy se estremeció de pies a cabeza.

Rock indicó:

—Ya puedes cerrarte el traje, Cindy.

¿Y si yo te dijera que he cambiado de idea...? —repuso ella, sonriendo maliciosamente.

Me darías una gran alegría.

—Lo sé, pero insisto en que primero debemos explorar el terreno. Sería muy desagradable que alguien nos sorprendiera haciendo el amor, ¿no crees?

—Sí, tienes razón. Anda, vamos.

Se pusieron los dos en pie, Cindy se cerró el traje y echaron a andar por entre las altas palmeras y la frondosa vegetación, guiados por el rumor del mar.

Pocos minutos después descubrían una hermosa playa.

Había un bote en ella.

Y mar adentro se veía un barco andado. Era un barco grande y antiguo.

Con muchos cañones.

Rock contó veinticuatro.

Y en una sola banda, la que apuntaba hacia la playa.

En la otra banda debía tener otros tantos.

Cindy, más que en los cañones, se estaba fijando en la bandera que el barco tenia izada.

Era negra.

Y en el centro se veía una calavera blanca con dos huesos cruzados debajo.

La sobrina del profesor Larson sintió que la sangre se le convertía en limonada.

—¡Es un barco pirata, Rock...! —exclamó, haciendo un cómico gallo con la voz.

* * *

En efecto, era un barco pirata. No cabía la menor duda.

Y Rock Shriver adivinó más cosas.

Que se encontraban en una isla pequeña y solitaria. Que los piratas la habían elegido para enterrar algo en ella.

Un tesoro, probablemente.

Por eso se veía un bote en la playa.

Un pequeño grupo de piratas había desembarcado y estaban en algún recóndito lugar del islote, enterrando su tesoro.

Y si los piratas descubrían que no estaban solos en la isla...

Al reportero se le erizó el vello sólo de pensarlo.

—Tenemos que escondernos, Cindy. Si los piratas nos ven lo pasaremos muy mal.

—¿Por qué no pulsamos de nuevo la alarma, Rock? —sugirió la muchacha—. Hemos hecho ya dos viajes a través del tiempo y del espacio, y ahora sabemos que no existe peligro alguno.

—Es cierto. Pero no sabemos dónde podemos aparecer la próxima vez. Podemos caer en un mar infestado de tiburones, en el cráter de un volcán en erupción, en medio de un poblado de caníbales o en un río lleno de cocodrilos hambrientos.

Cindy Howell tembló.

—¡No me asustes, Rock!

—No pretendo asustarte, Cindy. Sólo trato de hacerte comprender que, aunque no corremos ningún peligro viajando a través del tiempo y del espacio, es arriesgado hacer nuevos viajes sin saber en qué época y en qué lugar vamos a aparecer. Sólo si nos vemos en inminente peligro de muerte debemos pulsar la alarma.

—Pero los piratas...

—Ellos no saben que estamos aquí, Cindy. Sólo tenemos que ocultarnos y esperar a que se larguen. Esta isla es el mejor lugar que podemos encontrar. Aquí podemos aguardar tranquilamente a que tu tío encuentre la manera de hacernos volver a nuestro tiempo. Estaremos solos, tendremos comida y agua también, seguramente. Es un lugar seguro, Cindy. No debemos abandonarlo a menos que sea absolutamente necesario.

—De acuerdo, Rock.

—Escondámonos, rápido.

—Sí, de prisa.

Rock y Cindy se alejaron de la playa, en busca de un buen escondite.

Desgraciadamente no tuvieron suerte, pues se tropezaron con los piratas y se vieron rodeados por ellos en un instante.

CAPITULO X

Sólo eran seis, pero iban armados hasta los dientes.

Pistolas...

Sables...

Cuchillos...

Uno de los piratas llevaba, incluso, un trabuco de boca acampanada y gran calibre. Parecía el jefe, a juzgar por su vestimenta y por el sombrero tan particular que adornaba su cabeza.

El gesto de los piratas era de sorpresa y desconcierto, pues no se explicaban la presencia de Rock Shriver y Cindy Howell en la isla, y su forma de vestir les resultaba de lo más extraña.

—¿De dónde diablos salís vosotros?' —exclamó el jefe, apuntando al reportero con su poderoso trabuco.

Como se expresó en inglés, Rock y Cindy le entendieron perfectamente.

El reportero carraspeó nerviosamente.

—Verá, nosotros... Venimos de muy lejos, y la verdad es que...

El pirata se fijó especialmente en Cindy.

—Eres muy hermosa, mujer. Tú no morirás. Calentarás mi cama esta noche.

—¿Es que no tiene estufa? —repuso Cindy.

—¿Cómo? —parpadeó el pirata.

—Disculpe, era una broma —tosió Rock.

Cindy, con disimulo, indicó:

—Pulsemos la alarma, Rock.

—Sí, me temo que no tenemos alternativa. El del trabuco quiere abusar de ti, y a mí me arrojarán por la borda, para que sirva de pasto a los tiburones.

El jefe de los piratas soltó un rugido.

—¿Qué cuchicheáis, malditos?

—Nada, son cosas nuestras —carraspeó Rock.

—¡Tú servirás de pasto a los tiburones! —anunció el pirata.

—¿No te lo dije, Cindy?

—La alarma, Rock, la alarma —insistió la muchacha.

—Sí, no perdamos un solo segundo más.

Pulsaron con disimulo sus respectivas alarmas y luego se cogieron de la mano, para hacer unidos el tercer viaje a través del tiempo y del espacio.

* * *

El aparato construido por el profesor Larson captó la señal de peligro y empezó a emitir un zumbido intermitente, al tiempo que encendía y apagaba el piloto rojo.

—¡Son ellos de nuevo! —exclamó Harvey.

—¿Ves como siguen vivos, Larson? —se alegró Albin Oland—. ¡Tu ayuda llegó a tiempo!

—¡Vuelven a estar en peligro!

—Y a que esperas para ayudarles de nuevo? ¡Envíalos a otra época y a otro lugar, rápido!

El profesor Larson manejó su aparato nerviosamente.

Poco después, el piloto rojo se apagaba definitivamente y dejaban de oírse los intermitentes zumbidos. ¿Habría llegado a tiempo la ayuda...?

Era lo que se preguntaba Harvey Larson, pero no lo sabría hasta que su aparato captara de nuevo la señal de peligro emitida por Rock y Cindy—

* * *

El jefe de los piratas había ordenado:

—¡Cogedlos y llevadlos al bote, muchachos!

Rock Shriver, con el fin de evitar que los piratas le obligaran a separarse de Cindy Howell, dijo:

—Un momento, por favor. Tengo algo muy importante que deciros.

— ¿De veras?

—Se trata de un barco español cargado de oro.

El jefe dio un respingo.

—¿Cargado de oro, dices...?

—Sí, hasta los topes.

—¿Dónde se encuentra en estos momentos? ¡Dilo o haré que mis hombres te arranquen la piel a latigazos y cubran tus heridas con sal, por Belcebú!

—Tururú.

—¿Turuqué...? —pestañeó el pirata, desconcertado.

—Así se llama el mar por el que en estos momentos navega el barco

español cargado de oro. El mar de Tururú.

El jefe miró a sus hombres, tan perplejos como él.

—¿Alguno de vosotros ha oído hablar del mar de Tururú...?

Los cinco piratas movieron negativamente sus cabezas.

El jefe se encaró de nuevo con Rock Shriver para pedirle que le explicara dónde se encontraba el mar de Tururú, pero no pudo hacerlo porque el reportero y Cindy Howell habían desaparecido.

A causa de la sorpresa, al pirata le cayó el pesado trabuco de las manos y como fue a estrellarse contra su pie derecho, le machacó el dedo gordo y los dos que venían después.

El jefe lanzó un bramido de dolor y empezó a saltar como un mono, agarrándose al pie lastimado.

—¡Rayos y truenos! ¡Relámpagos y centellas! ¡Sapos y culebras! ¡Los prisioneros se han escapado! ¡Perseguidlos, estúpidos! ¡Tenemos que obligar al tipo que nos diga dónde se encuentra el mar de Tururú!

Los piratas, atónitos, pues no se explicaban cómo Rock y Cindy habían podido huir sin que ellos se dieran cuenta, se lanzaron en persecución de ambos.

No los iban a encontrar, claro, aunque batiesen cien veces la isla, porque Rock Shriver y Cindy Howell ya no se encontraban en ella, sino viajando a través del tiempo y del espacio.

* * *

No podía decirse que Rock Shriver y Cindy Howell hubiesen tenido mucha suerte en sus dos primeros viajes a través del tiempo y del espacio, pues en uno tuvieron que vérselas con los temibles tuaregs y con una manada de fieros chacales, y en el otro habían tenido que vérselas con los piratas, escapando por los pelos de todos aquellos peligros.

¿Tendrían más suerte en este tercer viaje?

La sobrina del profesor Larson estaba muy preocupada, pues no podía olvidar lo que había dicho el reportero.

Un mar infestado de tiburones...

El cráter de un volcán en erupción...

Un poblado de caníbales...

Un río lleno de cocodrilos.

En cualquiera de estos sitios o de muchos otros, igualmente peligrosos, podían caer al término de su viaje. Y como quiera que era necesario esperar algunos segundos después de pulsar la alarma, pues el traslado de época y de lugar no era instantáneo, podían perder la vida antes de iniciar el cuarto viaje, si aparecían en un lugar en donde el peligro fuese grande e inminente.

Rock Shriver se hallaba igualmente preocupado por la misma causa.

Era terrible viajar así, ignorando en qué época y en qué lugar iban a caer. Pero, por el momento, no tenían elección.

El invento del profesor Larson, todavía inacabado, no podía dar más de sí.

CAPITULO XI

En esta ocasión, Rock Shriver y Cindy Howell no viajaron al pasado, más o menos lejano, sino al futuro. En teoría, parecía más seguro, pero en la práctica resultó mucho más peligroso, según pudieron comprobar Rock y Cindy, que fueron a caer en la azotea de un moderno y gigantesco edificio de la ciudad de Nueva York.

Supieron que era Nueva York porque desde la azotea de aquel edificio se divisaba el puerto, con su inconfundible Estatua de la Libertad, que corría el peligro de ser destruida, como la ciudad entera.

Sí, esto fue lo que encontraron Rock y Cindy al término de su viaje al futuro.

Destrucción.

Pánico.

Muerte...

¿Y por qué?

Pues, sencillamente, porque la ciudad de Nueva York estaba siendo atacada por seres de otro mundo. Rock y Cindy lo adivinaron al ver el elevado número de platillos volantes que sobrevolaban la ciudad, enviando continuos rayos amarillentos contra los edificios, que estallaban en pedazos.

Un espectáculo increíble.

Escalofriante.

Estremecedor...

Rock Shriver y Cindy Howell se quedaron helados de espanto, pero, como también el edificio en cuya azotea se encontraban corría el riesgo de ser alcanzado por los disparos de las naves extraterrestres, lo que le obligaría a desmoronarse, el reportero reaccionó y gritó:

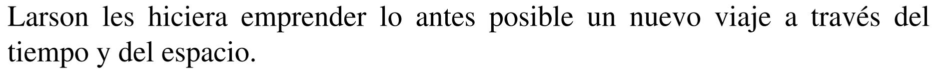
— ¡Pulsemos la alarma, Cindy! ¡Nueva York está siendo invadida por seres de otro planeta!

—¡Qué horror! —chilló la muchacha.

—¡Tenemos que salir de este tiempo y de este lugar en seguida!

—¡Sí, Rock!

Pulsaron sus respectivas alarmas y rezaron para que el profesor


Larson les hiciera emprender lo antes posible un nuevo viaje a través del tiempo y del espacio.

——¡De prisa, profesor, por Dios! —exclamó Rock, abrazando a Cindy.

—¡Vamos, tío Harvey, vamos! —exclamó también el joven.

Uno de los platillos volantes pareció dirigirse hacia el edificio.

Rock y Cindy, horrorizados, adivinaron que la nave alienígena lo había tomado como blanco.

Al colosal edificio le había llegado su hora. Iba a ser destruido, como los otros.

Rock y Cindy se apretaron con fuerza el uno contra el otro, pensando que también a ellos les había llegado su hora.

La nave extraterrestre empezó a disparar contra el edificio, que se derrumbó en el acto.

Rock y Cindy notaron que el suelo cedía bajo sus pies y chillaron a dúo, con la desesperación lógica de quien sabe que va a morir en cuestión de segundos.

Por suerte para ellos no se precipitaron al vacío, sino al tobogán sin fin que los iba a trasladar a otro tiempo y a otro lugar.

El profesor Larson, una vez más, les había salvado la vida.

* * *

Esta vez, Rock Shriver y Cindy Howell no supieron si se encontraban en el futuro o en el pasado, pues cayeron sobre la nieve.

Y esto era lo único que podían ver, nieve por todas partes.

Una nieve muy dura.

Podía decirse que era hielo.

La temperatura, bajísima, hizo tiritar a Rock y a Cindy en sólo unos segundos.

—¡Aquí hace un frío que pela, Rock! —exclamó la muchacha.

—¡Como que hemos caído en el Polo Norte!

—¿Estás seguro...?

— ¡A ver!

——Tendremos que pulsar nuevamente la alarma, Rock, o moriremos congelados!

—¡Si es que no acertamos una, demonio! —se lamentó el reportero—. ¡En el desierto, calor abrasador, tuaregs y chacales! ¡En la isla, que estábamos estupendamente, nos encontramos con los piratas! ¡En Nueva York, platillos volantes! ¡Y aquí, toneladas de hielo y un frío que amenaza con dejarnos tiesos como bacalaos!

—¡Y un oso! —exclamó Cindy.

—¿Qué?

—¡Que también hay un oso, Rock!

El reportero respingó.

—¿Dónde?

—¡Allí, míralo!

Shriver se volvió y descubrió al plantígrado.

—¡Anda, la osa!

—¿Cómo sabes que es una osa, Rock...? —se extrañó Cindy—. ¿Lo distingues desde aquí?

—¡Yo qué voy a distinguir! ¡Lo de «anda, la osa», no es más que una simple exclamación!

—¡Ya decía yo! —rió la joven.

—¿Cómo es posible que tengas ganas de reír?

—¡Es a causa del frío, Rock! ¡Hace que uno se ría sin querer!

—¡Pues yo no quiero reírme, que un oso polar es algo muy serio!

—¡Mira, nos ha visto! ¡Y viene hacia nosotros, Rock...!

—Ya no te ríes, ¿eh? Y sigue haciendo el mismo frió que antes —recordó el reportero, socarrón.

—¡La alarma, Rock! ¡Si mi tío no nos saca de aquí, el oso se nos zampará!

—¡Seguro, porque no tenemos ni un mondadientes para defendernos! ¡Los cuchillos se quedaron en el Sahara Central!

Pulsaron la alarma y echaron a correr, porque aún tardarían algunos segundos en cambiar de época y de lugar, y el oso estaba ya muy cerca.

El plantígrado, al ver que sus presas huían, rugió corrió más de prisa.

—¡Parece que tiene hambre, Cindy!

—¡Corre, Rock, corre!

—¡Sí, es lo mejor para combatir el frío!

—¡No es momento para ironías, Rock!

—¡Anda, la osa!

—¿Otra exclamación?

—¡No, otro oso!

—¿Dónde?

—¡Allí!

—¡Cielos, es verdad!

—Lo que nos faltaba, ¿eh, Cindy?

—¡Nos ataca también, Rock!

—¡Normal! ¡Está tan hambriento como el otro!

—¡Sigamos corriendo, Rock! ¡No quiero acabar en la tripa de un oso!

—¡Ni yo!

—¡Los osos corren más rápido que nosotros! ¡Nos alcanzarán!

—¡Tu tío nos rescatará antes, no temas!

—¿Mira que si esta vez no ha captado la señal de peligro...?

—¡Hasta ahora no nos ha fallado una sola vez, Cindy!

—¡Dios quiera que no sea ésta la primera, porque los osos se darían el

banquetazo!

—¡Anda, la osa!

—¿Otro oso...?

—¡No, ésta es una osa de verdad! ¡Le acompañan dos ositos!

—¿Dónde están?

—¡Allí!

—¡Ay, es cierto!

—¿Verdad que son dos ositos muy monos?

—¡Me harían más gracia si fueran monos de verdad, en vez de osos! ¡Y lo mismo digo de su madre! ¡Y de su padre, que debe ser uno de los que nos pisan los talones!

—¿Y quién diablos será el otro, Cindy?

—¡El abuelo!

—¡Pues se mantiene en forma, el vejete, a juzgar Por lo rápido que corre!

—¡Tío Harvey, por favor! —gritó Cindy, como si el científico pudiera oírla.

Aunque dio la impresión de que sí, pues su súplica coincidió con el inicio de un nuevo viaje a través del tiempo y del espacio, que dejó con un palmo de narices a los osos, a la osa y a los dos ositos.

* * *

En el laboratorio del profesor Larson, Malcom Tanner dijo:

Las están pasando canutas, ¿eh?

Eso parece —sonrió Albin Oland—. Pero el profesor Larson los saca de apuros una y otra vez, ya lo ves.

Harvey Larson miró con dureza a su colega.

—Alguna vez llegaré tarde, Oland, y morirán los dos por vuestra culpa.

—¿Por la nuestra...?

—Por la tuya, en particular, pues eres el responsable de lo ocurrido.

Albin Oland le apuntó con el dedo.

—Si Rock y Cindy mueren, será por tu culpa, Larson, que no habrás sabido encontrar a tiempo la forma de hacerlos regresar. Así que, si no quieres que tu conciencia cargue con las muertes de tu sobrina y del reportero, estrújate el cerebro y halla la manera de devolverlos a su tiempo antes de que sea tarde.

—Bien dicho, profesor Oland —aplaudió Tanner.

—Gracias, Malcolm —sonrió Albin.

Harvey Larson no quiso perder el tiempo discutiendo con ellos y reanudó su trabajo.

CAPITULO XII

En los cuatro viajes anteriores, Rock Shriver y Cindy Howell habían llegado de día al Sahara Central, a la isla elegida por los piratas para enterrar su tesoro, a la ciudad de Nueva York y al Polo Norte.

En el quinto, sin embargo, llegaron de noche, lo que les impidió ver algo más allá de sus narices, porque la oscuridad lo envolvía todo. Sabían, no obstante, que no habían caído en un mar infestado de tiburones, ni en un río lleno de cocodrilos, ni en un desierto de arena, ni sobre la nieve dura.

Se encontraban en tierra firme, la temperatura era cálida y .soplaba una suave brisa, ciertamente agradable.

—Bueno, aquí al menos no hace frío —comentó el reportero.

—¿Qué lugar será éste, Rock?

—Ni idea, Cindy. Hasta que amanezca, no podremos saber dónde nos encontramos.

—Está oscuro como boca de lobo.

— Por favor, no me nombres a los lobos después de lo de los osos — rezongó Shriver.

La muchacha sonrió en la oscuridad.

— Nos hicieron pegar una buena carrera, ¿eh?

— Por lo visto es nuestro sino. Correr, siempre correr. De los tuaregs, de los chacales, de los piratas, de los extraterrestres, de los osos... Si tengo ocasión de atrapar el gaznate de Albin Oland cuando regresemos a nuestro tiempo, se lo voy a apretar hasta que la lengua le toque el suelo.

—Y yo se la cortaré con unas tijeras —dijo Cindy.

Rieron los dos.

De pronto, la sobrina del profesor Larson enmudeció,

Rock la cogió por los hombros.

—¿Te ocurre algo, Cindy?

—No, nada.

—Te has puesto seria, de repente.

—Estoy pensando en lo que vimos en Nueva York. Fue horrible, Rock.

—Sí, espantoso de verdad.

—Los platillos volantes estaban destruyendo la ciudad entera.

—Esperemos que eso no suceda hasta dentro de cien o doscientos años, por lo menos.

—Nueva York, desde luego, estaba muy cambiada.

—Sí, bastante.

—Conocer el futuro pone los pelos de punta, Rock.

—Es cierto. Yo prefiero viajar al pasado. Aunque, viajando al futuro, tenemos más posibilidades de volver a nuestro tiempo.

—¿Por qué?

—Bueno, si en el siglo XXI, que es el nuestro, tu tío tiene prácticamente inventado un aparato que permite a las personas viajar a través del tiempo y del espacio, es de suponer que eso sea sumamente sencillo en los siglos XXII, XXIII, XXIV, XXV...

Cindy Howell respingó.

—¡Tienes razón, Rock! ¡Si viajáramos a uno de esos siglos, podríamos regresar a nuestro tiempo sin tener que esperar a que mi tío encuentre la manera de hacernos volver!

—Es lo que yo estaba pensando, Cindy.

—Si los extraterrestres no hubiesen estado invadiendo y destruyendo Nueva York, cuando llegamos a ese tiempo futuro...

—Tuvimos mala suerte. Pero tal vez volvamos a viajar al futuro y entonces tengamos más fortuna.

—¿Y si estuviéramos en él...?

—¿En el futuro?

—¿Por qué no? Hicimos dos viajes al pasado, otro al futuro, y el cuarto, el que nos llevó al Polo Norte, quizá perteneciera también al futuro. El Polo Norte no cambia, Rock.

—Puede que tengas razón, pero el lugar en que nos encontramos ahora...

—Está demasiado oscuro para sacar conclusiones. Igual podemos estar en el pasado que en el futuro. Cuando amanezca lo averiguaremos.

El reportero se despojó de la mochila y sugirió:

—¿Comemos algo, Cindy?

— Excelente idea.

—Y después, ya sabes.

—¿Qué es lo que sé?

—Lo que vamos a hacer.

—¿Dormir?

—No, eso será más tarde.

—No sé a qué te refieres, pues.

—Claro que lo sabes, pero te lo diré. Haremos lo qué pensábamos hacer en la isla, después de reconocer el terreno.

Cindy Howell rió.

—¡Menos mal que no lo hicimos, Rock! ¡Nos hubieran sorprendido los piratas!

—Todavía deben de estar buscándonos por toda la isla.

—¡Y después buscarán el mar de Tururú!

Rock Shriver unió su risa a la de la muchacha

—Buena se la jugamos, ¿eh?

—¿Cómo se te ocurrió lo del mar de Tururú?

—El jefe de los piratas mencionó a Belcebú, y quise replicarle con algo que sonara parecido.

—¡Estuviste genial, Rock!

—Y tú también, cuando el pirata dijo que le calentarías la cama aquella noche. «¿Es que no tiene estufa?», le replicaste.

Rieron los dos de nuevo.

Después, Cindy dijo:

—Anda, abre ya la mochila. Tengo hambre.

—También yo —confesó Rock, y extrajo de la mochita una parte de sus víveres.

Mientras comían, el reportero dijo:

— Menos mal que no perdimos la mochila en nuestro viajar por los siglos.

—Sí, tuvimos suerte. Sólo perdimos los cuchillos

—Me preocupa no disponer de arma alguna. Un par de cuchillos no era mucho, ya lo sé. Pero nos permitieron defendernos de los chacales.

—Si dispusiéramos de un par de pistolas de rayo láser, yo también me sentiría mucho más tranquilo —respondió Cindy.

—Sólo viajando al futuro podemos conseguirlas

—Puede que estemos en él, no lo olvides.

—Ojalá. Seguramente se acabarían todos nuestros problemas.

Siguieron comiendo.

Después, Rock Shriver tomó entre sus brazos a la sobrina del profesor Larson.

—Llegó el ansiado momento, nena.

—¿Vamos a hacer el amor, Rock...?

— Sí.

—¿A oscuras...?

—No creo que eso me impida encontrar lo que busco.

—¡Descarado!

—Al contrario, soy un tipo muy tímido. Por eso vamos a hacer el amor con la luz apagada —sonrió Rock, y le selló la boca con un formidable beso.

* * *

Cindy Howell dormía en brazos de Rock Shriver.

El reportero permanecía despierto, aunque los párpados le pesaban cada vez más. Había sido una jornada muy movida, empezando por su dura pelea con Roscoe y Burl, y acabando por la carrera que los osos polares les obligaron a dar, para no verse despedazados por ellos.

Rock no quería dormirse, pues lo consideraba peligroso, teniendo en cuenta que no sabían en qué época ni en qué lugar se encontraban. Sin embargo, el cansancio acabó rindiéndole y se durmió también.

Su despertar y el de Cindy no pudo ser más brusco ni más desagradable, pues una red cayó sobre ellos y los atrapó como se atrapa a las fieras.

—¡Rock ...! —chilló la joven, agitándose bajo la red.

—¡Maldición! —rugió el reportero—. ¡Nos hemos dejado atrapar como monos!

——Son salvajes, Rock! ¡Seres primitivos!

—¡Sólo falta que sean caníbales!

—¡Pulsemos la alarma, Rock! ¡No quiero que me coman!

— ¡Ni yo!

Se disponían a pulsar la alarma, cuando los salvajes izaron bruscamente la red, que estaba enganchada a un grueso palo, el cual se colocaron dos de los seres primitivos sobre sus respectivos hombros, echando seguidamente a andar.

Rock y Cindy habían quedado encerrados en aquella especie de bolsa gigante que formaba la red. Estaban hechos una bola, los dos, y apenas podían moverse.

Por si faltaba algo, los salvajes empezaron a pincharles con sus lanzas, entre gritos y exclamaciones de júbilo.

—Conque estábamos en el futuro, ¿eh? —barbotó Rock.

—¡Es evidente que no!

—¿Llegaste a pulsar tu alarma, Cindy?

—¡No!

—Yo tampoco. Y lo malo es que tengo el brazo debajo del cuerpo. No puedo sacarlo ni alcanzarlo con la otra mano.

—¡Lo mismo me ocurre a mí, Rock! ¡Tampoco yo puedo pulsar mi alarma!

—Estamos listos, pues. Porque los salvajes no paran de pincharnos con sus lanzas, los muy hijos de...

—¡Ay! —gritó Cindy, porque la punta de una lanza acababa de tantearle la nalga zurda.

—¡Dejad de pincharnos, que no somos aceitunas rellenas! —rugió el reportero.

Los salvajes, que no sabían lo que Rock y Cindy decían, no hicieron caso y continuaron pinchándolos con sus lanzas, si bien de forma leve, pues no querían causarles heridas, sólo divertirse un poco con ellos.

Rock y Cindy intentaron pulsar sus respectivas alarmas, pero no lo consiguieron, porque la red los tenía prensados y era imposible desenvolverse dentro de ella.

Poco después llegaban al poblado de los salvajes. En el centro del mismo se veía una olla gigantesca, en la que cabían perfectamente un par de personas.

—¡Son caníbales, Rock...! —chilló Cindy, que ya se veía desnuda v metida en la colosal olla.

CAPITULO XIII

Rock Shriver tuvo un estremecimiento, porque tampoco él dudaba ya de que aquellos salvajes tenían la fea costumbre de comerse a sus semejantes, bien condimentados.

—¡Tenemos que pulsar la alarma, Cindy!

—¡No puedo, Rock!

— ¡Debemos aprovechar el instante en que nos dejen en el suelo! ¡Si pulsamos la alarma antes de que nos saquen de la red y nos aten las manos estaremos salvados!

—¡Mira, Rock! ¡Están preparando el fuego!

—¡Es cierto! ¡Se nos quieren zampar como desayuno, los muy cabritos!

—¡Y qué contentas están las mujeres! ¡Dan saltos de alegría!

—¡Siempre he dicho que las mujeres son más perversas que los hombres!

—¡Eso no es justo, Rock!

—¿Vamos a ponernos a discutir ahora?

—¡No, prefiero que intentemos escapar, antes de que nos dejen en cueros vivos y nos, echen de cabeza a la olla!

—¡Cuando nos dejen en el suelo, recuérdalo! ¡Tal vez no tengamos otra oportunidad de pulsar la alarma!

—¡No lo olvidaré, descuida!

Los salvajes que transportaban a Rock y Cindy soltaron repentinamente el palo y la bolsa que formaba la red se precipitó contra el suelo.

Rock y Cindy se quejaron a dúo, porque el golpe había sido duro.

Pero la red aflojó su presión, que era lo importante, pues les permitió moverse dentro de ella.

—¡Ahora, Cindy! —exclamó el reportero.

La muchacha pulsó su alarma.

Rock pulsó también la suya.

Muy justo les vino a los dos, pues los salvajes ya estaban abriendo la

red.

Rock y Cindy fueron sacados de ella.

El reportero se defendió bravamente, mientras la muchacha chillaba, aterrorizada.

De un tremendo puñetazo, Rock tumbó a un salvaje. Acto seguido, le clavó el codo en el hígado a otro, que intentaba sujetarle por detrás.

El salvaje aulló y se dobló como un garrote.

Rock le soltó un mazazo en la nuca y el caníbal se desplomó.

El reportero se vio nuevamente cogido por la espalda.

Y por las piernas.

No pudo evitar que los salvajes lo tumbaran en el suelo.

Empezaron a desnudarlo.

Lo mismo estaban haciendo con Cindy, que no paraba de chillar y de llamar a Rock.

Ya le habían quitado las botas y el traje.

Sólo faltaba el minúsculo pantaloncito del bikini rojo.

Rock también se había quedado sin las botas, sin el pantalón y sin la camisa. Conservaba únicamente el bañador del profesor Larson.

Y justamente cuando los salvajes se disponían a arrancarles dichas prendas, para arrojarlos completamente desnudos a la gigantesca olla, Rock y Cindy emprendieron un nuevo viaje a través del tiempo y del espacio.

Un nuevo viaje a lo desconocido, más peligroso aún que los anteriores, pues ahora no contaban con la inestimable ayuda del par de pequeños aparatos inventados por el profesor Larson.

Los salvajes se los habían arrancado de las muñecas.

Y allí, en el poblado de los caníbales, habían quedado, como sus ropas.

Si volvían a verse en peligro de muerte, no podrían avisar al profesor Larson.

Y era tan probable que se viesen nuevamente en dificultades...

* * *

Por fortuna, este nuevo viaje trasladó a Rock Shriver y Cindy Howell otra vez al futuro, haciéndolos aparecer en una preciosa playa, en la que había bastantes personas bañándose.

Su suerte, por tanto, fue doble, pues nadie se extrañó de ver a Rock en bañador y a Cindy con sólo la pieza inferior de su bikini.

Casi todas las mujeres se estaban bañando así, con los pechos al aire.

Y, algunas, sin nada encima.

Nadie, pues, reparó en la repentina aparición de Rock y Cindy.

—¡Estamos en el futuro, Cindy —exclamó el reportero, jubiloso.

—¿Seguro?

—¡Observa los hoteles que se levantan próximos a la playa! ¡Son mucho más modernos que los que nosotros conocemos!

— ¡Es cierto!

—¡Y fíjate en los vehículos voladores! ¡No existían en nuestro tiempo modelos tan avanzados!

—¡Son fantásticos, Rock!

—¡Preguntaré en qué año estamos!

—¡Sí, hazlo!

El reportero se acercó a un bañista que tomaba el sol en una modernísima tumbona transparente.

—Disculpe, amigo —carraspeó, tocando el hombro del tipo.

—¿Sí...?

—¿Puede decirme qué año es?

El bañista consultó su reloj.

Las once y media, joven.

Rock tosió.

—Perdone, pero no le he preguntado la hora, sino el año.

—¿Año? —parpadeó cómicamente el tipo.

—Sí, eso es lo que quiero saber, en qué año nos encontramos.

—¿Pretende tomarme el pelo?

—Oh, no, por favor, no piense eso.

— ¿Cómo es posible que no sepa en qué año estamos...?

—Sería una larga historia y no tengo tiempo para contársela.

—Sufre usted frecuentes pérdidas de memoria, ¿eh?

—Algo así —sonrió Rock.

—Estamos en el año 2235.

—¡Fantástico!

—¿Qué tiene de fantástico el año en curso...?

—Bueno, si pensamos que para entonces yo llevaré más de cien años enterrado, el año 2235 ya no me parece tan fantástico, pero como pienso volver al año 2045, la cosa cambia. Porque supongo que se puede viajar al pasado sin problemas, ¿verdad?

—Desde luego. La máquina del tiempo hace casi un par de siglos que se inventó. Precisamente en el año que usted ha mencionado, el 2045. La inventó un sabio llamado Harvey Larson, creo recordar.

Rock estrechó la mano del bañista calurosamente.

—¡Tiene usted una memoria de elefante, amigo!

—¿Acerté el nombre del científico?

—¡Plenamente! Mire, ésa es su sobrina —el reportero señaló a Cindy Howell.

El bañista se fijó en ella.

—¿La sobrina de quién? —preguntó.

—¡Del profesor Larson, el inventor de la máquina del tiempo!

Cindy se acercó y sonrió al bañista.

—Es cierto, soy Cindy Howell, sobrina de Harvey Larson —confirmó—. Mi tío nos envió al siglo XXIII con su invento. Bueno, la verdad es que hemos ido dando tumbos por algunos siglos antes de llegar a éste.

—Cuando yo digo que quieren tomarme el pelo... —rezongó el tipo.

—¿Qué lugar es éste? —preguntó Cindy.

—San Diego —respondió el bañista.

—Cómo ha cambiado, ¿eh, Cindy? —dijo Rock.

—Mucho.

—A propósito, amigo, ¿sabe algo de un ataque extraterrestre a la ciudad de Nueva York...?

—¿Se refiere a la invasión del año 2193?

—Sí, supongo que será ésa.

—Fue rechazada por las fuerzas de la Confederación Terrestre, aunque Nueva York quedó prácticamente arrasada. Pero la ciudad fue levantada de nuevo, en sólo unos años, y vuelve a estar como antes.

Vaya, no sabe cuánto me alegro —sonrió el reportero.

—Y yo —dijo Cindy.

El bañista se rascó la cabeza.

—¿De verdad es usted la sobrina de Harvey Larson...?

—La misma que viste y calza.

Rock tosió.

—Cindy, te recuerdo que vas descalza y vistes muy poco...

—¡Oh, es cierto! —exclamó la joven, riendo—. ¡Qué metedura de pata!

Rock rió también y el bañista acabó contagiándose de la risa de los dos.

* * *

En el laboratorio del profesor Larson todo seguía igual.

El sabio trabajaba sin descanso, tratando de hallar la manera de devolver a Rock y a Cindy a su tiempo. Albin Oland, cerca de él, le observaba con mucha atención.

Malcolm Tanner se había guardado su pistola de rayos láser, y conversaba con Burl y Roscoe.

De repente, la puerta se abrió y Rock Shriver irrumpió en el laboratorio, esgrimiendo una moderna escopeta, con la que apuntó a Tanner y sus hombres.

—¡Quietos!

Los matones se quedaron de muestra.

También Harvey Larson y Albin Oland se quedaron paralizados por la sorpresa.

Cindy Howell había entrado también en el laboratorio, luciendo una

camisa de hombre, regalo del bañista que conocieran en el siglo XXIII.

La muchacha también iba armada. Empuñaba una pistola de rayos ultrasónicos.

—¡Tío Harvey! —exclamó, exultante de alegría.

—Cindy... —musitó el científico, sin poderlo creer.

—¿Es que no vas a darme un abrazo?

—¿Cómo es posible que...?

—¡Las explicaciones para luego, tío Harvey! ¡Vamos, ven a mis brazos!

El profesor Larson, tan perplejo como emocionado, corrió hacia su sobrina y la abrazó efusivamente.

—¡Cindy, pequeña!.

—¡Estamos de vuelta, tío Harvey! ¡Sanos y salvos!

—¡Es un milagro!

—¡Rock tenía prisa por devolverte tu bañador y no quiso esperar a que tú nos hicieras regresar!

El reportero sonrió.

—Es cierto, profesor. Encontramos un atajo en el siglo XXIII, lo tomamos y nos condujo hasta aquí.

El científico abrió la boca.

—¿Un atajo, dices...?

Rock y Cindy no pudieron contener la risa.

Albin Oland no conseguía salir de su asombro. Estaba quieto como una estatua y tenía la boca abierta de par en par.

Malcolm Tanner, hombre de acción, intentó sacar su pistola de rayos láser, pero Rock Shriver le vio y advirtió:

—¡Si sacas tu arma te fulmino, Malcolm!

Tanner vaciló.

Quería extraer su pistola, pero no se atrevía.

Sabía que el reportero le dispararía y si no fallaba lo liquidaría irremisiblemente.

Cindy le apuntó también con su pistola de rayos ultrasónicos.

—¡Las manos sobre la cabeza! —ordenó—. ¡Los tres!

Malcolm no tuvo más remedio que obedecer, siendo rápidamente imitado por Roscoe y Burl.

Rock miró a Albin Oland.

—Acérquese, Oland.

Albin lo hizo, muy asustado.

—Deberíamos meterlos a los cuatro en la cabina y pedirle a tu tío que los hiciera viajar a través del tiempo y del espacio, ¿verdad, Cindy? —sugirió el reportero.

—Es una gran idea, Rock.

—No por favor! —suplicó Albin, palideciendo.

Rock lo miró con desprecio.

—¡Pandilla de cobardes! —masculló, y le arreó un culatazo con la escopeta, haciendo que Albin Oland se derrumbara sin conocimiento.

EPILOGO

La policía de Miami se había hecho cargo ya de Albin Oland, Malcolm Tanner, Roscoe y Burl.

Rock Shriver y Cindy Howell informaron con todo detalle al profesor Larson, desde el momento en que ambos se vieron arrancados de la cabina de lanzamiento a través del tiempo y del espacio, hasta que, en el siglo XXIII, los devolvieron al año 2045, a su tiempo exacto, con armas para poder sorprender a Malcolm y sus hombres.

Estuvieron largo tiempo hablando, pues el científico no paraba de hacerles preguntas.

—Si en el siglo XXIII os dijeron que yo fui el inventor de la máquina del tiempo, significa que conseguiré pulir todos los defectos que todavía tiene mi invento...

—Naturalmente, profesor —sonrió Rock—. Es usted un genio y conseguirá todo lo que se proponga. Hasta cambiar el sexo de las personas.

—¿Qué?

Cindy rompió a reír.

—¡No hagas caso, tío Harvey! ¡Es una broma de Rock!

—La broma me la gastó a mí un tal Peter, que ahora se llama Cindy —dijo el reportero.

El profesor Larson los miró a los dos.

—¿De qué diablos estáis hablando, condenados...?

Rock y Cindy rieron con ganas.

Minutos después, salían de la casa y caminaban hacia la playa, cogidos de la mano.

Había anochecido, pero en el cielo brillaban las estrellas y había luna llena.

—¿Nos damos un chapuzón, Rock? —sugirió Cindy.

—Me apetece más otra cosa.

—¿El qué?

—Hacer el amor.

—¿Otra vez...?

—Hace siglos que no lo hacemos, Cindy. Todavía existían los caníbales...

Se echaron los dos a reír.

Después se abrazaron y unieron sus bocas, dejándose caer así sobre la arena, donde se amaron larga y apasionadamente, porque se querían, y ya no iban a poder vivir el uno sin el otro.

FIN